

BOLETIN OFICIAL DEL OBISPADO DE SALAMANCA

Año 138 • Junio 1986 • Núm. 6

DIRECTOR Y ADMINISTRADOR:

Manuel Cuesta Palomero

Iscar Peyra, 26. Tel (923) 21 82 05. 37002 Salamanca



prelado

Exhortación Pastoral

LOS ENFERMOS NOS EVANGELIZAN

El domingo 4 de marzo se celebra en las diócesis españolas el «Día del Enfermo». Cuando tantas fechas al año se dedican a poner de relieve aspectos o realidades de la Iglesia o de la sociedad sobre las que crear conciencia en los fieles, parece justo reservar para los que sufren la enfermedad, en sus diversas modalidades, una parte al menos de nuestro interés.

Lo que se hace en favor de los enfermos redunda siempre en beneficio propio, como dice el slogan de este año para la celebración de la Jornada: «Los enfermos nos evangelizan». Es verdad. En un momento en que la preocupación por evangelizar ocupa un puesto central en la Iglesia, la experiencia del dolor y la limitación que lleva consigo la pérdida de la salud, facilita la introspección que vigoriza las energías del espíritu y conduce, con relativa facilidad, al encuentro con el venero oculto de la pasión de Cristo, sobre todo si se trata de personas en las que la fe tiene todavía una palabra que decir. Por eso mismo, es frecuente que cuando nos acercamos a los enfermos pensando en la ayuda que podemos prestarles, sean ellos los que nos ayudan a nosotros.

Los enfermos nos evangelizan, dice la Comisión Episcopal de Pastoral, porque desde su situación nos enseñan a relativizar algunos de los ideales y formas de vida de la sociedad actual: la eficacia a toda costa,

la competitividad, la ambición de dinero, de poder, de éxito y de prestigio, el ansia de tener y el afán de consumir; facilitando, por otra parte, la recuperación de los valores fundamentales del Evangelio: la gratuidad, el amor, la esperanza y la entereza en la hora de la prueba.

Los objetivos que se trata de conseguir con la celebración de este Día son los siguientes. El primero de ellos, y quizás el más importante, es que la comunidad cristiana se acerque a las personas que sufren, temporal o definitivamente, la prueba de la enfermedad y que adopte ante ellas la actitud cristiana de la solidaridad. Ello llevará a un mayor contacto habitual entre los miembros de la misma y cada uno de los que pasan por este trance. Establecer esta comunicación aparece como un deber apremiante que ayudará a conocer mejor la realidad y a reflexionar sobre ella desde la perspectiva cristiana.

El segundo objetivo consiste en que los mismos enfermos descubran las posibilidades y riquezas de su situación. Basta darse una vuelta por las salas de los hospitales para captar la desorientación e incluso la agresividad con que muchos de ellos reaccionan ante la postración y el sufrimiento que conlleva la enfermedad. Llevarles al convencimiento de que, desde ella, pueden cumplir una misión en la sociedad y en la Iglesia y de que son útiles en la tarea de la dignificación de sus hermanos y de la evangelización del mundo, puede significar para ellos un motivo providencial de regeneración sobrenatural. De aquí la importancia de la labor callada de los capellanes de centros sanitarios, de las religiosas que los atienden y de grupos de laicos que pudieran colaborar con ellos.

Un sacramento que encuentra especiales dificultades, sobre todo en las familias, es el de la Unción de los Enfermos. Es bastante general, incluso en ambientes cristianos, impedir el acceso del sacerdote a los enfermos graves por temor a asustarlos, recurriendo a los auxilios de la religión cuando ya nada se puede hacer por haber sobrevenido la muerte. Con este motivo, se abre caminos, cada día más, la experiencia de utilizar el Día del Enfermo, u otras ocasiones parecidas, para una celebración comunitaria de la Unción con personas que por su edad avanzada o padecimiento crónico reúnen las condiciones exigidas para recibirla. Pues bien, ésta es otra gran finalidad de este Día: una actitud nueva ante un sacramento que no es de muerte sino de Vida, y que en ocasiones devuelve la salud a los que la han perdido. «¿Enferma alguno de vosotros? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren por él, ungiéndole con óleo en nombre del Señor. La oración de la fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá y le serán perdonados los pecados que hubiere cometido» (Sant. 5, 14-16).

✠ MAURO, Obispo de Salamanca

**Exhortación Pastoral en la
Jornada de Medios de Comunicación Social - 1986**

**LA FORMACION CRISTIANA DE LA OPINION
PUBLICA**

El día de la Ascensión, domingo 11 de mayo, se celebra la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. El mandato del Señor, antes de marcharse definitivamente a los cielos, de anunciar la Buena Noticia hasta los confines de la tierra, encuentra en estos medios un instrumento de difusión de alcance ilimitado. Resulta claro que el testimonio y la palabra de los que se sirve la Iglesia para su obra de evangelización, transportados por el vehículo de la prensa y la radio-televisión, penetran en los últimos rincones de las conciencias.

«La formación cristiana de la opinión pública» es el lema propuesto este año por el Papa. Se trata de una cuestión de capital importancia por la relación que tiene con la doctrina del Magisterio sobre la materia y con los objetivos que se tratan de conseguir en la sociedad contemporánea. «La opinión pública, dice Juan Pablo II, consiste en el modo común y colectivo de pensar y de sentir de un grupo social, más o menos vasto, en determinadas circunstancias de tiempo y de lugar. Indica lo que la gente piensa comúnmente sobre un tema, un acontecimiento, un problema de cierto relieve. La opinión pública se forma por el hecho de que un gran número de personas hace propio, considerándolo verdadero y justo, lo que algunas personas y algunos grupos, que gozan de especial autoridad cultural, científica y moral, piensan y dicen».

Formación de la opinión pública

La formación de una sana opinión pública debe estar enmarcada en unas reglas elementales de juego. La primera y fundamental es la libertad de información, que exige, al mismo tiempo, el franco acceso a las fuentes de la misma y la posibilidad de expresar libremente el pensamiento. A ella, y como complemento necesario e insustituible, deberá añadirse la veracidad, que constituye una obligación sagrada del comunicador «no sólo evitando lo inventado sino dando un trato delicado a la realidad, removiendo sensacionalismos, demagogias y servilismos a los grupos de presión» (Com. Pont. para las Comunicaciones Sociales). En tercer lugar, la existencia de un buen entendido pluralismo que evite la exagerada concentración en las fuentes de información y permita la libre confrontación de opiniones e ideas. Y finalmente, que ésta aparezca ordenada de acuerdo con determinados valores humanos y cris-

tianos al servicio de una sociedad progresiva en el buen sentido de la expresión.

Deberes de la Iglesia y opinión pública

Fácilmente se comprende la importancia que la opinión pública tiene en la conducta de los cristianos. Los tiempos que corren, caracterizados por un secularismo a ultranza que niega la trascendencia y exalta los ideales puramente terrenos, la ambición del dinero, el consumismo, la sexualidad, la eficacia terminante de la violencia, infligen graves heridas morales a los sujetos más débiles de la comunidad eclesial. Por eso, la consigna de la Jornada Mundial insiste en el valor de la formación cristiana de la opinión pública, lo que supone, por una parte, formar a los fieles «sobre problemas que afectan de cerca al bien de la humanidad de nuestro tiempo, entre los que se sitúan los valores de la vida, de la familia, de la paz y de la solidaridad entre los pueblos» (Del Mensaje Pontificio n. 3). Por otra, la preparación de comunicadores cristianos, quienes haciéndose presentes en los mass-media, avalados por su profesionalidad y objetividad, aporten a los mismos un sano juicio crítico que evite los abusos y las desviaciones a que con frecuencia se ven sometidos por parte de personas poco escrupulosas. Y en último término, el uso, en la Iglesia, para el recto adoctrinamiento de sus miembros y para la evangelización, de la poderosa eficacia de la prensa, el cine y la radio-televisión, tratando con ello —como pedía Pío XII en su célebre Mensaje a los periodistas de febrero de 1950— de crear, dentro de la misma, una opinión pública acerca de las materias dejadas a la libre discusión, mediante el diálogo y la comunicación entre los católicos.

Nuestra situación

En nuestra patria son muchos los problemas que plantea una determinada orientación de ciertos medios de comunicación social, especialmente los que más relación tienen con el gran público. Tanto el contenido de los programas como la misma publicidad, rayana, a veces, con los más altos niveles de lo imbécil, adquieren para nosotros un carácter permisivo total en lo que se refiere al uso de la violencia, del chantaje y de los malos instintos en su más amplia acepción. Parece como si se iniciara una desenfrenada carrera por desposeer a los españoles, en el más oculto espacio de tiempo, de los títulos de nobleza, en el orden humano y cristiano, conseguidos a costa de tantos y tan continuados esfuerzos. ¿Qué se busca con todo esto? La Comisión Permanente del Episcopado español ha dejado recientemente constancia de que «en la me-

dida en que se trate de imponer una determinada concepción de la vida y de los valores morales no podremos dejar de oponernos a tales proyectos en defensa de la libertad social. Tanto más si lo que se pretende es sustituir los valores morales de la religión católica por otras concepciones de la vida, inspiradas en el agnosticismo, el materialismo y el permisivismo moral. Sin merma de la aconfesionalidad del Estado y de la política, el respeto positivo al patrimonio religioso y moral de gran parte de los españoles pertenecientes a la Iglesia Católica, es también una exigencia del respeto debido a la libertad de la sociedad» (Los Católicos en la Vida Pública n. 30).

La tarea de los comunicadores católicos

Al lado de estos signos preocupantes, y haciéndome eco de la declaración de la Comisión Episcopal Española de Medios de Comunicación Social, «merecen el más cálido agradecimiento, por parte de la Comunidad cristiana y de sus pastores, tantos periodistas, tantos agentes cristianos de la Comunicación Social, cuya labor —en este caso no callada, sino pública y valerosa— hace presente y actuante el testimonio cristiano en nuestro país. Desde las casas editoriales de libros, desde las agencias informativas y los periódicos diarios, desde centenares de revistas católicas, desde las antenas de radio y televisión, ellos hacen vibrar el mensaje de Cristo en la gran caja de resonancia de la opinión pública española».

✠ MAURO, Obispo de Salamanca

LIBERTAD CRISTIANA Y LIBERACION

Texto íntegro del documento vaticano sobre la teología de la liberación

El cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, ha presentado en el Vaticano la «Instrucción sobre Libertad Cristiana y Liberación», segundo documento que la Iglesia católica dedica al estudio de la teología de la liberación. En la elaboración de este texto, revisado personalmente por el Papa, han participado los obispos de todo el mundo, especialmente los de Brasil y el resto de Iberoamérica. Con él, la Iglesia reafirma su doctrina social más tradicional, situándose abiertamente al lado

de los pobres, y lo hace desde el sitio exacto, indicando que la raíz de toda injusticia está en el pecado y que, por tanto, todo intento liberador que prescindiera de Dios está condenado a originar nuevas esclavitudes. Junto a esta opción preferencial, no exclusiva, la Iglesia insiste en rechazar toda violencia y la lucha de clases como instrumento tomado del análisis marxista que algunos pretenderían imprescindible para alcanzar la libertad y la justicia. Ofrecemos a continuación el texto íntegro del documento.

- Son los pobres quienes comprenden mejor que la liberación más radical se ha cumplido por medio de la muerte y resurrección de Cristo
- Verdad y justicia constituyen la medida de la verdadera libertad

- El Hijo de Dios quiso ser reconocido en los pobres, en los que sufren o son perseguidos
- Las desigualdades y las opresiones no pueden dejar tranquila la conciencia de ningún cristiano



1. La conciencia de la libertad y de la dignidad del hombre, junto con la afirmación de los derechos inalienables de la persona y de los pueblos, es una de las principales características de nuestro tiempo. Ahora bien, la libertad exige unas condiciones de orden económico, social, político y cultural que posibiliten su pleno ejercicio. La viva percepción de los obstáculos que impiden el desarrollo de la libertad y que ofenden la dignidad humana es el origen de las grandes aspiraciones a la liberación, que atormentan al mundo actual.

La Iglesia de Cristo hace suyas estas aspiraciones ejerciendo su discernimiento a la luz del Evangelio que es, por su misma naturaleza, mensaje de libertad y de liberación. En efecto, tales aspiraciones revisten a veces, a nivel teórico y práctico, expresiones que no siempre son conformes a la verdad del hombre, tal como ésta se manifiesta a la luz de la creación y de la redención. Por esto la Congregación para la Doctrina de la Fe ha juzgado necesario llamar la atención sobre «las desviaciones y los riesgos de desviación, ruinosos para la fe y para la vida cristiana». Lejos de estar superadas, las advertencias hechas parecen cada vez más oportunas y pertinentes.

Objetivo de la Instrucción

2. La Instrucción «*Libertatis nuntius*» sobre algunos aspectos de la

teología de la liberación anunciaba la intención de la Congregación de publicar un segundo do-

cumento, que pondría en evidencia los principales elementos de la doctrina cristiana sobre la libertad y la liberación. La presente instrucción responde a esta intención. Entre ambos documentos existe una relación orgánica. Deben leerse uno a la luz del otro.

Sobre este tema, que es el centro del mensaje evangélico, el Magisterio de la Iglesia ya se ha pronunciado en numerosas ocasiones. El documento actual se limita a indicar los principales aspectos *teóricos* y *prácticos*. Respecto a las aplicaciones concernientes a las diversas situaciones locales, toca a las Iglesias particulares —en comunión entre sí y con la Sede de Pedro— proveer directamente a ello.

El tema de la libertad y de la liberación tiene un alcance ecuménico evidente. Pertenece efectivamente al patrimonio tradicional de las Iglesias y comunidades eclesiales. También el presente documento puede favorecer el testimonio y la acción de todos los discípulos de Cristo llamados a responder a los grandes retos de nuestro tiempo.

La verdad que nos libera

3. Las palabras de Jesús: «La verdad os hará libres» (Jn. 8, 32)

deben iluminar y guiar en este aspecto toda reflexión teológica y toda decisión pastoral.

Esta verdad que viene de Dios tiene su centro en Jesucristo, Salvador del mundo. De El, que es «el camino, la verdad y la vida» (Jn. 14, 6), la Iglesia recibe lo que ella ofrece a los hom-

bres. Del misterio del Verbo encarnado y redentor del mundo, ella saca la verdad sobre el Padre y su amor por nosotros, así como la verdad sobre el hombre y su libertad.

Cristo, por medio de su cruz y resurrección, ha realizado nuestra redención que es la liberación en su sentido más profundo, ya que ésta nos ha liberado del mal más radical, es decir, del pecado y del poder de la muerte. Cuando la Iglesia, instruida por el Señor, dirige su oración al Padre: «¡Libranos del mal!», pide que el misterio de salvación actúe con fuerza en nuestra existencia de cada día. Ella sabe que la cruz redentora es en verdad el origen de la luz y de la vida, y el centro de la historia. La caridad que arde en ella la impulsa a proclamar la Buena Nueva y a distribuir mediante los sacramentos sus frutos vivificadores. De Cristo redentor arrancan su pensamiento y su acción cuando, ante los dramas que desgarran al mundo, la Iglesia reflexiona sobre el significado y los caminos de la liberación y de la verdadera libertad.

La verdad, empezando por la verdad sobre la redención, que es el centro del misterio de la fe, constituye así la raíz y la norma de la libertad, el fundamento y la medida de toda acción liberadora.

**La verdad,
condición de libertad**

ciencia moral del hombre, el cual debe buscarla y estar dispuesto a acogerla cuando se le presenta.

Según el mandato de Cristo Señor, la verdad evangélica debe ser presentada a todos los hombres, los cuales tienen derecho a que ésta les sea proclamada. Su anuncio, por la fuerza del Espíritu, comporta el pleno respeto de la libertad de cada uno y la exclusión de toda forma de violencia y de presión.

El Espíritu Santo introduce a la Iglesia y a los discípulos de Jesucristo «hacia la verdad completa» (Jn. 16, 13). Dirige el transcurso de los tiempos y «renueva la faz de la tierra» (Sal. 104, 30). El Espíritu está presente en la maduración de una conciencia más respetuosa de la dignidad de la persona humana. El es la fuente del valor, de la audacia y del heroísmo: «Donde está el Espíritu del Señor está la libertad» (2 Cor. 3, 17).

Situación de la libertad en el mundo contemporáneo

1. Conquistas y amenazas del proceso moderno de liberación

La herencia del cristianismo

5. El Evangelio de Jesucristo, al revelar al hombre su cualidad de persona libre llamada a entrar en comunión con Dios, ha suscitado una toma de conciencia de las profundidades de la libertad humana hasta entonces desconocidas.

Así la búsqueda de la libertad y la aspiración a la liberación, que están entre los principales signos de los tiempos del mundo contemporáneo, tienen su raíz primera en la herencia del cristianismo. Esto es verdad también allí donde aquella búsqueda y aspiración encarnan formas aberrantes que se oponen a la visión cristiana del hombre y de su destino. Sin esta referencia al Evangelio se hace incomprensible la historia de los últimos siglos en Occidente.

La época moderna

6. Desde el comienzo de los tiempos modernos hasta el Renacimiento, se pensaba que la vuelta a la Antigüedad en filosofía y en las ciencias de la naturaleza permitiría al hombre conquistar la libertad de pensamiento y de acción, gracias al conocimiento y al dominio de las leyes naturales.

Por su parte, Lutero, partiendo de la lectura de San Pablo, intentó luchar por la liberación del yugo de la Ley, representado para él por la Iglesia de su tiempo.

Pero es sobre todo en el siglo de las Luces y con la Revolución francesa cuando resuena con toda su fuerza la llamada a la libertad. Desde entonces muchos miran la historia futura como un irresistible proceso de liberación que debe conducir a una era en la que el hombre, totalmente libre al fin, goce de la felicidad ya en esta tierra.

Pero es sobre todo en el siglo de las Luces y con la Revolución francesa cuando resuena con toda su fuerza la llamada a la libertad. Desde entonces muchos miran la historia futura como un irresistible proceso de liberación que debe conducir a una era en la que el hombre, totalmente libre al fin, goce de la felicidad ya en esta tierra.

Hacia el dominio de la naturaleza

7. En la perspectiva de tal ideología de progreso, el hombre quería hacerse dueño de la naturaleza. La servidumbre, que había sufrido hasta entonces, se apoyaba sobre la ignorancia y los prejuicios. El

hombre, arrebatando a la naturaleza sus secretos, la sometía a su servicio. La conquista de la libertad constituía así el objetivo perseguido a través del desarrollo de la ciencia y de la técnica. Los esfuerzos desplegados han llevado a notables resultados. Aunque el hombre no está a cubierto de catástrofes naturales, sin embargo han sido descartadas muchas de las amenazas de la naturaleza. La alimentación está garantizada a un número de personas cada vez mayor. Las posibilidades de transporte y de comercio favorecen el intercambio de recursos alimenticios, de materias primas, de mano de obra y de capacidades técnicas, de tal manera que se puede prever razonablemente para cada ser humano una existencia digna y liberada de la miseria.

Conquistas sociales y políticas

8. El movimiento moderno de liberación se había fijado un objetivo político y social. Debía poner fin al dominio del hombre sobre el hombre y promover la igualdad y fraternidad de todos los hombres. Es un hecho innegable que se alcanzaron resultados positivos. La esclavitud y la servidumbre legales fueron abolidas. El derecho de todos a la cultura hizo progresos significativos. En numerosos países la ley reconoce la igualdad entre el hombre y la mujer, la participación de todos los ciudadanos en el ejercicio del poder político y los mismos derechos para todos. El racismo se rechaza como contrario al derecho y a la justicia. La formulación de los derechos humanos significa una conciencia más viva de la dignidad de todos los hombres. Son innegables los beneficios de la libertad y de la igualdad en numerosas sociedades, si lo comparamos con los sistemas de dominación anteriores.

Libertad de pensamiento y de decisión

9. Finalmente, y sobre todo, el movimiento moderno de liberación debía aportar al hombre la libertad interior, bajo forma de libertad de pensamiento y libertad de decisión. Intentaba liberar al hombre de la superstición y de los miedos ancestrales, entendidos como obstáculos para su desarrollo. Se proponía darle el valor y la audacia de servirse de su razón sin que el temor lo frenara ante las fronteras de lo desconocido. Así, especialmente en las ciencias históricas y en las humanas, se ha desarrollado un nuevo conocimiento del hom-

bre, orientado a ayudarlo a comprenderse mejor en lo que atañe a su desarrollo personal o a las condiciones fundamentales de la formación de la comunidad.

Ambigüedades del proceso moderno de liberación

10. Sin embargo, ya se trate de la conquista de la naturaleza, de su vida social y política o del dominio del hombre sobre sí mismo, a nivel individual y colectivo, todos pueden constatar que no solamente los progresos realizados están lejos de corresponder a las ambiciones iniciales, sino que han surgido también nuevas amenazas, nuevas servidumbres y nuevos terrores, al mismo tiempo que se ampliaba el movimiento moderno de liberación. Esto es la señal de que graves ambigüedades sobre el sentido mismo de la libertad se han infiltrado en el interior de este movimiento desde su origen.

El hombre amenazado por su dominio de la naturaleza

11. El hombre, a medida que se liberaba de las amenazas de la naturaleza, se encontraba ante un miedo creciente. La técnica, sometiendo cada vez más la naturaleza, corre el riesgo de destruir los fundamentos de nuestro propio futuro, de manera que la humanidad actual se convierte en enemiga de las generaciones futuras. Al someter con un poder ciego las fuerzas de la naturaleza, ¿no se está a un paso de destruir la libertad de los hombres del mañana? ¿Qué fuerzas pueden proteger al hombre de la esclavitud de su propio dominio? Se hace necesaria una capacidad totalmente nueva de libertad y liberación, que exige un proceso de liberación enteramente renovado.

Peligros del poder tecnológico

12. La fuerza liberadora del conocimiento científico se manifiesta en las grandes realizaciones tecnológicas. Quien dispone de tecnologías tiene el poder sobre la tierra y sobre los hombres. De ahí han surgido formas de desigualdad, hasta ahora desconocidas, entre los poseedores del saber y los simples usuarios de la técnica. El nuevo poder tecnológico está unido al poder económico y lleva a su concentración. Así, tanto en el interior de los pueblos como entre ellos, se han creado relaciones de dependencia que, en los últimos veinte años, han ocasionado una nueva reivindicación de liberación. ¿Cómo impedir que el poder tec-

nológico se convierta en una fuerza de opresión de grupos humanos o de pueblos enteros?

**Individualismo
y colectivismo**

13. En el campo de las conquistas sociales y políticas, una de las ambigüedades fundamentales de la afirmación de la libertad en el siglo de las Luces tiende a concebir el sujeto de esta libertad como un individuo autosuficiente que busca la satisfacción de su interés propio en el goce de los bienes terrenales. La ideología individualista inspirada por esta concepción del hombre ha favorecido la desigual repartición de las riquezas en los comienzos de la era industrial, hasta el punto que los trabajadores se encontraron excluidos del acceso a los bienes esenciales a cuya producción habían contribuido y a los que tenían derecho. De ahí surgieron poderosos movimientos de liberación de la miseria mantenida por la sociedad industrial.

Los cristianos, laicos y pastores no han dejado de luchar por un equitativo reconocimiento de los legítimos derechos de los trabajadores. El Magisterio de la Iglesia en muchas ocasiones ha levantado su voz en favor de esta causa.

Por las más de las veces, la justa reivindicación del movimiento obrero ha llevado a nuevas servidumbres, porque se inspira en concepciones que, al ignorar la vocación trascendente de la persona humana, señalan al hombre una finalidad puramente terrena. A veces esta reivindicación ha sido orientada hacia proyectos colectivistas que engendran injusticias tan graves como aquellas a las que pretendían poner fin.

**Nuevas formas
de opresión**

14. Así nuestra época ha visto surgir los sistemas totalitarios y unas formas de tiranía que no habrían sido posibles en la época anterior al progreso tecnológico. Por una parte, la perfección técnica ha sido aplicada a perpetrar genocidios; por otra, unas minorías, practicando el terrorismo que causa la muerte de numerosos inocentes, pretenden mantener a raya naciones enteras.

Hoy el control puede alcanzar hasta la intimidad de los individuos; y las dependencias creadas por los sistemas de prevención pueden representar también amenazas potenciales de opresión. Se busca una falsa liberación de las coacciones de la sociedad recurriendo a la droga, que conduce a muchos jóvenes en todo

el mundo a la autodestrucción y deja familias enteras en la angustia y el dolor.

**Peligro
de destrucción total**

15. El reconocimiento de un orden jurídico como garantía de las relaciones dentro de la gran familia humana de los pueblos se ha debilitado cada vez más. Cuando la confianza en el derecho no parece ofrecer ya una protección suficiente, se buscan la seguridad y la paz en la amenaza recíproca, la cual viene a ser un peligro para toda la humanidad. Las fuerzas que deberían servir para el desarrollo de la libertad sirven para aumentar las amenazas. Las máquinas de muerte que se enfrentan hoy son capaces de destruir toda la vida humana sobre la tierra.

**Nuevas relaciones
de desigualdad**

16. Entre las naciones dotadas de fuerza y las que no la tienen se han instaurado nuevas relaciones de desigualdad y opresión. La búsqueda del propio interés parece ser la norma de las relaciones internacionales sin que se tome en consideración el bien común de la humanidad.

El equilibrio interior de las naciones pobres está roto por la importación de armas, introduciendo en ellas un factor de división que conduce al dominio de un grupo sobre otro. ¿Qué fuerzas podrían eliminar el recurso sistemático a las armas y dar su autoridad al derecho?

**Emancipación
de las naciones
jóvenes**

17. En el contexto de la desigualdad de las relaciones de poder han aparecido los movimientos de emancipación de las naciones jóvenes, en general naciones pobres, sometidas hasta hace poco al dominio colonial. Pero muy a menudo el pueblo se siente frustrado de su independencia duramente conquistada por regímenes o tiranías sin escrúpulos que atentan impunemente a los derechos del hombre. El pueblo que ha sido reducido así a la impotencia, no ha hecho más que cambiar de dueños.

Sigue siendo verdad que uno de los principales fenómenos de nuestro tiempo es, a escala de continentes enteros, el despertar de la conciencia de pueblo que, doblegado bajo el peso de la miseria secular, aspira a una vida en la dignidad y en la justicia, y está dispuesto a combatir por su libertad.

La moral y Dios, ¿obstáculos para la liberación? 18. En relación con el movimiento moderno de liberación interior del hombre, hay que constatar que el esfuerzo con miras a liberar el pensamiento y la voluntad de sus límites ha llegado hasta considerar que la moralidad como tal constituía un límite irracional que el hombre, decidido a ser dueño de sí mismo, tenía que superar.

Es más, para muchos Dios mismo sería la alienación específica del hombre. Entre la afirmación de Dios y la libertad humana habría una incompatibilidad radical. El hombre, rechazando la fe en Dios, llegaría a ser verdaderamente libre.

Interrogantes angustiosos 19. En ello está la raíz de las tragedias que acompañan la historia moderna de la libertad. ¿Por qué esta historia, a pesar de las grandes conquistas, por lo demás siempre frágiles, sufre recaídas frecuentes en la alienación y ve surgir nuevas servidumbres? ¿Por qué unos movimientos de liberación, que han suscitado inmensas esperanzas, terminan en regímenes para los que la libertad de los ciudadanos, empezando por la primera de las libertades que es la libertad religiosa, constituye el primer enemigo?

Cuando el hombre quiere liberarse de la ley moral y hacerse independiente de Dios, lejos de conquistar su libertad, la destruye. Al escapar del alcance de la verdad, viene a ser presa de la arbitrariedad; entre los hombres, las relaciones fraternas se han abolido para dar paso al terror, al odio y al miedo.

El profundo movimiento moderno de liberación resulta ambiguo porque ha sido contaminado por gravísimos errores sobre la condición del hombre y su libertad. Al mismo tiempo está cargado de promesas de verdadera libertad y amenazas de graves servidumbres.

II. *La libertad en la experiencia del Pueblo de Dios*

Iglesia y libertad 20. La Iglesia, consciente de esta grave ambigüedad, por medio de su Magisterio ha levantado su voz a lo largo de los últimos siglos, para poner en guardia contra las desviaciones que corren el riesgo de torcer el impulso liberador hacia amargas decepciones. En su momento fue muchas veces in-

comprendida. Con el paso del tiempo, es posible hacer justicia a su discernimiento.

La Iglesia ha intervenido en nombre de la verdad sobre el hombre, creado a imagen de Dios. Se le acusa sin embargo de constituir por sí misma un obstáculo en el camino de la liberación. Su constitución jerárquica estaría opuesta a la igualdad; su Magisterio estaría opuesto a la libertad de pensamiento. Desde luego, ha habido errores de juicio o graves omisiones de los cuales los cristianos han sido responsables a través de los siglos. Pero estas objeciones desconocen la verdadera naturaleza de las cosas. La diversidad de carismas en el Pueblo de Dios, que son carismas de servicio, no se ha opuesto a la igual dignidad de las personas y a su vocación común a la santidad.

La libertad de pensamiento, como condición de búsqueda de la verdad en todos los dominios del saber humano, no significa que la razón humana debe cerrarse a la luz de la Revelación cuyo depósito ha confiado Cristo a su Iglesia. La razón creada, al abrirse a la verdad divina, encuentra una expansión y una perfección que constituyen una forma eminente de libertad. Además, el Concilio Vaticano II ha reconocido plenamente la legítima autonomía de las ciencias, como también la de las actividades de orden político.

La libertad de los pequeños y de los pobres

21. Uno de los principales errores que, desde el siglo de las Luces, ha marcado profundamente el proceso de liberación, lleva a la convicción, ampliamente compartida, de que serían los progresos realizados en el campo de las ciencias, de la técnica y de la economía los que deberían servir de fundamento para la conquista de la libertad. De ese modo, se desconocían las profundidades de esta libertad y de sus exigencias.

Esta realidad de las profundidades de la libertad, la Iglesia la ha experimentado siempre en la vida de una multitud de fieles, especialmente en los pequeños y los pobres. Por la fe éstos saben que son el objeto del amor infinito de Dios. Cada uno de ellos puede decir: «Vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gal 2, 20b). Tal es su dignidad que ninguno de los poderosos puede arrebatarlesla; tal es la alegría liberadora presente en ellos. Saben que la Palabra de Jesús se dirige igualmente a ellos: «Ya no os llamo siervos,

porque el siervo no sabe lo que hace su señor; os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre, os lo he dado a conocer» (Jn. 15, 15). Esta participación en el conocimiento de Dios es su emancipación ante las pretensiones de dominio por parte de los detentores del saber: «Conocéis todas las cosas... y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe» (Jn. 2, 20b. 27b.). Son así conscientes de tener parte en el conocimiento más alto al que está llamada la humanidad. Se sienten amados por Dios como todos los demás y más que todos los otros. Viven así en la libertad que brota de la verdad y del amor.

Recursos de la religiosidad popular

22. El mismo sentido de la fe del Pueblo de Dios, en su devoción

llena de esperanza en la cruz de Jesús, percibe la fuerza que contiene el misterio de Cristo Redentor. Lejos pues de menospreciar o de querer suprimir las formas de religiosidad popular que reviste esta devoción, conviene por el contrario purificar y profundizar toda su significación y todas sus implicaciones. En ella se da un hecho de alcance teológico y pastoral fundamental: son los pobres, objeto de la predilección divina, quienes comprenden mejor y como por instinto que la liberación más radical, que es la liberación del pecado y de la muerte, se ha cumplido por medio de la muerte y resurrección de Cristo.

Dimensión soteriológica y ética de la liberación

23. La fuerza de esta liberación penetra y transforma profundamente al hombre y su historia en su momento presente, y alienta su impulso escatológico. El sentido primero y fundamental de la liberación que se manifiesta así es el soteriológico: el hombre es liberado de la esclavitud radical del mal y del pecado.

En esta experiencia de salvación el hombre descubre el verdadero sentido de su libertad, ya que la liberación es restitución de la libertad. Es también educación de la libertad, es decir, educación de su recto uso. Así, a la dimensión soteriológica de la liberación se añade su dimensión ética.

Una nueva fase de la historia de la libertad

24. El sentido de la fe, que es el origen de una experiencia radical

de la liberación y de la libertad, ha impregnado, en grado diverso, la cultura y las costumbres de los pueblos cristianos.

Pero hoy, de una manera totalmente nueva a causa de los terribles retos a los que la humanidad tiene que hacer frente, se ha hecho necesario y urgente que el amor de Dios y la libertad en la verdad y la justicia marquen con su impronta las relaciones entre los hombres y los pueblos, y animen la vida de las culturas.

Porque donde faltan la verdad y el amor, el proceso de liberación lleva a la muerte de una libertad que habría perdido todo apoyo.

Se abre ante nosotros una nueva fase de la historia de la libertad. Las capacidades liberadoras de la ciencia, de la técnica, del trabajo, de la economía y de la acción política darán sus frutos si encuentran su inspiración y su medida en la verdad y en el amor, más fuertes que el sufrimiento, que Jesucristo ha revelado a los hombres.

CAPITULO II

Vocación del hombre a la libertad y drama del pecado

I. *Primeras concepciones de la libertad.*

Una respuesta espontánea

25. La respuesta espontánea a la pregunta «¿qué es ser libre?»

es la siguiente: es libre quien puede hacer únicamente lo que quiere sin ser impedido por ninguna coacción exterior, y que goza por tanto de una plena independencia. Lo contrario de la libertad sería así la dependencia de nuestra voluntad ante una voluntad ajena.

Pero, el hombre ¿sabe siempre lo que quiere? ¿Puede todo lo que quiere? Limitarse al propio yo y prescindir de la voluntad de otro, ¿es conforme a la naturaleza del hombre? A menudo la voluntad del momento no es la voluntad real. Y en el mismo hombre pueden existir límites de su propia naturaleza: quiere más de lo que puede. Así el obstáculo que se opone a su voluntad no siempre viene de fuera, sino de los límites de su ser. Por esto, so pena de destruirse, el hombre debe aprender a que la voluntad concuerde con su naturaleza.

Verdad y justicia, normas de la libertad

26. Más aún, cada hombre está orientado hacia los demás hombres

y necesita de su compañía. Aprenderá el recto uso de su decisión si aprende a concordar su voluntad a la de los demás, en vistas de un

verdadero bien. Es pues la armonía con las exigencias de la naturaleza humana lo que hace que la voluntad sea auténticamente humana. En efecto, esto exige el criterio de la verdad y una justa relación con la voluntad ajena. Verdad y justicia constituyen así la medida de la verdadera libertad. Apartándose de este fundamento, el hombre, pretendiendo ser como Dios, cae en la mentira y, en lugar de realizarse, se destruye.

Lejos de perfeccionarse en una total autarquía del yo y en la ausencia de relaciones, la libertad existe verdaderamente sólo cuando los lazos recíprocos, regulados por la verdad y la justicia, unen a las personas. Pero para que estos lazos sean posibles, cada uno personalmente debe ser auténtico.

La libertad no es la libertad de hacer cualquier cosa, sino que es libertad para el Bien, en el cual solamente reside la Felicidad. De este modo el Bien es su objetivo. Por consiguiente el hombre se hace libre cuando llega al conocimiento de lo verdadero, y esto —prescindiendo de otras fuerzas— guía su voluntad. La liberación en vistas de un conocimiento de la verdad, que es la única que dirige la voluntad, es condición necesaria para una libertad digna de este nombre.

II. Libertad y liberación

Una libertad propia de la creatura

27. En otras palabras, la libertad, que es dominio interior de sus

propios actos y autodeterminación, comporta una relación inmediata con el orden ético. Encuentra su verdadero sentido en la elección del bien moral. Se manifiesta pues como una liberación ante el mal moral.

El hombre, por su acción libre, debe tender hacia el Bien supremo a través de los bienes que están en conformidad con las exigencias de su naturaleza y de su vocación divina.

El, ejerciendo su libertad, decide sobre sí mismo y se forma a sí mismo. En este sentido, el hombre es *causa de sí mismo*. Pero lo es como creatura e imagen de Dios. Esta es la verdad de su ser que manifiesta por contraste lo que tienen de profundamente erróneas las teorías que pretenden exaltar la libertad del hombre o su «praxis histórica», haciendo de ellas el principio absoluto de su ser y de su devenir. Estas teorías son expresión del ateísmo o tienden, por propia lógica, hacia él. El indiferentismo y el

agnosticismo deliberado van en el mismo sentido. La imagen de Dios en el hombre constituye el fundamento de la libertad y dignidad de la persona humana.

La llamada del Creador

28. Dios, al crear libre al hombre; ha impreso en él su imagen y semejanza.

El hombre siente la llamada de su Creador mediante la inclinación y la aspiración de su naturaleza hacia el Bien, y más aún mediante la Palabra de la Revelación, que ha sido pronunciada de una manera perfecta en Cristo. Le ha revelado así que Dios lo ha creado libre para que pueda, gratuitamente, entrar en amistad con El y en comunión con su Vida.

Una libertad participada

29. El hombre no tiene su origen en su propia acción individual

o colectiva, sino en el don de Dios que lo ha creado. Esta es la primera confesión de nuestra fe, que viene a confirmar las más altas intuiciones del pensamiento humano.

La libertad del hombre es una libertad participada. Su capacidad de realizarse no se suprime de ningún modo por su dependencia de Dios. Justamente, es propio del ateísmo creer en una oposición irreductible entre la causalidad de una libertad divina y la de la libertad del hombre, como si la afirmación de Dios significase la negación del hombre o como si su intervención en la historia hiciera vanas las iniciativas de éste. En realidad, la libertad humana toma su sentido y consistencia de Dios y por su relación con El.

La elección libre del hombre

30. La historia del hombre se desarrolla sobre la base de la

naturaleza que ha recibido de Dios, con el cumplimiento libre de los fines a los que lo orientan y lo llevan las inclinaciones de esta naturaleza y de la gracia divina.

Pero la libertad del hombre es finita y falible. Su anhelo puede descansar sobre un bien aparente; eligiendo un bien falso, falla a la vocación de su libertad. El hombre, por su libre arbitrio, dispone de sí; puede hacerlo en sentido positivo o en sentido destructor.

Al obedecer a la ley divina, grabada en su conciencia y recibida como impulso del Espíritu Santo, el hombre ejerce el verdadero dominio de

sí y realiza de este modo su vocación real de hijo de Dios. «Reina, por medio del servicio a Dios.» La auténtica libertad es «servicio de la justicia», mientras que, a la inversa, la elección de la desobediencia y del mal es «esclavitud del pecado».

Liberación temporal y libertad 31. A partir de esta noción de libertad se precisa el alcance de la noción de liberación temporal; se trata del conjunto de procesos que miran a procurar y garantizar las condiciones requeridas para el ejercicio de una auténtica libertad humana.

No es pues la liberación la que, por sí misma, genera la libertad del hombre. El sentido común, confirmado por el sentido cristiano, sabe que la libertad, aunque sometida a condicionamientos, no queda por ello completamente destruida. Existen hombres que aun sufriendo terribles coacciones consiguen manifestar su libertad y ponerse en marcha para su liberación. Solamente un proceso acabado de liberación puede crear condiciones mejores para el ejercicio efectivo de la libertad. Asimismo, una liberación que no tiene en cuenta la libertad personal de quienes combaten por ella está, de antemano, condenada al fracaso.

III. La libertad y la sociedad humana

Los derechos del hombre y «las libertades» 32. Dios no ha creado al hombre como un «ser solitario», sino que lo ha querido como un «ser social». La vida social no es, por tanto, exterior al hombre, el cual no puede crecer y realizar su vocación si no es en relación con los otros. El hombre pertenece a diversas comunidades: familiar, profesional, política; y en su seno es donde debe ejercer su libertad responsable. Un orden social justo ofrece al hombre una ayuda insustituible para la realización de su libre personalidad. Por el contrario, un orden social injusto es una amenaza y un obstáculo que pueden comprometer su destino.

En la esfera social, la libertad se manifiesta y se realiza en acciones, estructuras e instituciones, gracias a las cuales los hombres se comunican entre sí y organizan su vida en común. La expansión de una personalidad libre, que es un deber y un derecho para todos, debe ser ayudada y no entorpecida por la sociedad.

Existe una exigencia de orden moral que se ha expresado en la formulación de los *derechos del hombre*. Algunos de éstos tienen por objeto lo que se ha convenido en llamar «las libertades», es decir, las formas de reconocer a cada ser humano su carácter de persona responsable de sí misma y de su destino trascendente, así como la inviolabilidad de su conciencia.

Dimensiones sociales del hombre y gloria de Dios 33. La dimensión social del ser humano tiene además otro significado: solamente la pluralidad y la rica diversidad de los hombres pueden expresar algo de la riqueza infinita de Dios.

Esta dimensión está llamada a encontrar su realización en el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por este motivo, la vida social, en la variedad de sus formas y en la medida en que se conforma a la ley divina, constituye un reflejo de la gloria de Dios en el mundo.

IV. Libertad del hombre y dominio de la naturaleza

Vocación del hombre a «dominar» la naturaleza 34. El hombre, por su dimensión corporal, tiene necesidad de los recursos del mundo material para su realización personal y social. En esta vocación a dominar la tierra, poniéndola a su servicio mediante el trabajo, puede reconocerse un rasgo de la imagen de Dios. Pero la intervención humana no es «creadora»; encuentra ya una naturaleza material que, con ella, tiene su origen en Dios Creador y de la cual el hombre ha sido constituido «noble y sabio guardián».

El hombre, dueño de sus actividades 35. Las transformaciones técnicas y económicas repercuten en la organización de la vida social; no dejan de afectar en cierta medida a la vida cultural y a la misma vida religiosa.

Sin embargo, por su libertad, el hombre continúa siendo dueño de su actividad. Las grandes y rápidas transformaciones de nuestra época le plantean un reto dramático; dominar y controlar, mediante su razón y libertad, las fuerzas que desarrolla al servicio de las verdaderas finalidades humanas.

Descubrimiento científico y progreso moral 36. **Ataño, por consiguiente, a la libertad bien orientada hacer que las conquistas científicas y técnicas, la búsqueda de su eficacia, los frutos del trabajo y las mismas estructuras de la organización económica y social, no sean sometidas a proyectos que las priven de sus finalidades humanas y las pongan en contra del hombre mismo.**

La actividad científica y la actividad técnica comportan exigencias específicas. No adquieren, sin embargo, su significado y su valor propiamente humanos sino cuando están subordinadas a los principios morales. Estas exigencias deben ser respetadas; pero querer atribuirles una autonomía absoluta y requerida, no conforme a la naturaleza de las cosas, es comprometerse en una vía perniciosa para la auténtica libertad del hombre.

V. El pecado, fuente de división y opresión

El pecado, separación de Dios 37. **Dios llama al hombre a la libertad. La voluntad de ser libre está viva en cada persona. Y, a pesar de ello, esta voluntad desemboca casi siempre en la esclavitud y la opresión. Todo compromiso en favor de la liberación y de la libertad supone, por consiguiente, que se afronte esta dramática paradoja.**

El pecado del hombre, es decir su ruptura con Dios, es la causa radical de las tragedias que marcan la historia de la libertad. Para comprender esto, muchos de nuestros contemporáneos deben descubrir nuevamente el sentido del pecado.

En el deseo de libertad del hombre se esconde la tentación de renegar de su propia naturaleza. Pretende ser un dios, cuando quiere codiciarlo todo y poderlo todo, y con ello olvidar que es finito y creado. «Seréis como dioses» (Gén. 3, 5). Estas palabras de la serpiente manifiestan la esencia de la tentación del hombre; implican la perversión del sentido de la propia libertad. Esta es la naturaleza profunda del pecado: el hombre se desgaja de la verdad poniendo su voluntad por encima de ésta. Queriéndose liberar de Dios y ser él mismo un dios se extravía y se destruye. Se autoaliena.

En esta voluntad de ser un dios y de someterlo todo a su propio placer se esconde una perversión de la idea misma de Dios. Dios es

amor y verdad en la plenitud del don recíproco; es la verdad en la perfección del amor de las Personas divinas. Es cierto que el hombre está llamado a ser como Dios. Sin embargo, él llega a ser semejante no en la arbitrariedad de su capricho, sino en la medida en que reconoce que la verdad y el amor son a la vez el principio y el fin de su libertad.

El pecado, raíz de las alienaciones humanas 38. **Pecando el hombre se engaña a sí mismo y se separa de**

la verdad. Niega a Dios y se niega a sí mismo cuando busca la total autonomía y autarquía. La alienación, respecto a la verdad de su ser de creatura amada por Dios, es la raíz de todas las demás alienaciones.

El hombre, negando o intentando negar a Dios, su Principio y Fin, altera profundamente su orden y equilibrio interior, el de la sociedad y también el de la creación visible.

La Escritura considera en conexión con el pecado el conjunto de calamidades que oprimen al hombre en su ser individual y social.

Muestra que todo el curso de la historia mantiene un lazo misterioso con el obrar del hombre que, desde su origen, ha abusado de su libertad alzándose contra Dios y tratando de conseguir sus fines fuera de Él. El Génesis indica las consecuencias de este pecado original en el carácter penoso del trabajo y de la maternidad, en el dominio del hombre sobre la mujer y en la muerte. Los hombres, privados de la gracia divina, han heredado una naturaleza mortal, incapaz de permanecer en el bien e inclinada a la concupiscencia.

Idolatría y desorden 39. **La idolatría es una forma extrema del desorden engendrado**

por el pecado. Al sustituir la adoración del Dios vivo por el culto de la creatura, falsea las relaciones entre los hombres y conlleva diversas formas de opresión.

El desconocimiento culpable de Dios desencadena las pasiones, que son causa del desequilibrio y de los conflictos en lo íntimo del hombre.

De aquí se derivan inevitablemente los desórdenes que afectan la esfera familiar y social:

permisivismo sexual, injusticia, homicidio. Así es como el apóstol Pablo describe al mundo pagano, llevado por la idolatría a las peores aberraciones que arruinan al individuo y a la sociedad.

Ya antes que él, los Profetas y los Sabios de Israel veían en las desgracias del pueblo un castigo por su pecado de idolatría, y en el «corazón lleno de maldad» (*Eclo 9, 3*) la fuente de la esclavitud radical del hombre y de las opresiones a que somete a sus semejantes.

Despreciar a Dios y volverse a la creatura

40. La tradición cristiana, en los Padres y Doctores de la Iglesia, ha explicitado esta doctrina de la Escritura sobre el pecado. Para ella, el pecado es desprecio de Dios (*contemptus Dei*). Conlleva la voluntad de escapar a la relación de dependencia del servidor respecto a su Señor, o, más aún, del hijo respecto a su Padre. El hombre, al pecar, pretende liberarse de Dios. En realidad, se convierte en esclavo; pues al rechazar a Dios rompe el impulso de su aspiración al infinito y de su vocación a compartir la vida divina. Por ello, su corazón es víctima de la inquietud.

El hombre pecador, que rehusa adherirse a Dios, es llevado necesariamente a ligarse de una manera falaz y destructora a la creatura. En esta vuelta a la creatura (*conversion ad creaturam*), concentra sobre ella su anhelo insatisfecho de infinito. Pero los bienes creados son limitados; también su corazón corre del uno al otro, siempre en busca de una paz imposible.

En realidad, el hombre, cuando atribuye a las creaturas una carga de infinitud, pierde el sentido de su ser creado. Pretende encontrar su centro y su unidad en sí mismo. El amor desordenado de sí es la otra cara del desprecio de Dios. El hombre trata entonces de apoyarse solamente sobre sí, quiere realizarse y ser suficiente en su propia immanencia.

El ateísmo, falsa emancipación de la libertad

41. Esto se pone particularmente de manifiesto cuando el pecador cree que no puede afirmar su propia libertad más que negando explícitamente a Dios. La dependencia de la creatura con respecto al Creador o la dependencia de la conciencia moral con respecto a la ley divina serían para él servidumbres intolerables. El ateísmo constituye para él

la verdadera forma de emancipación y de liberación del hombre, mientras que la religión o incluso el reconocimiento de una ley moral constituirían alienaciones. El hombre quiere entonces decidir soberanamente sobre el bien y el mal, o sobre los valores, y con un mismo gesto, rechaza a la vez la idea de Dios y de pecado. Mediante la audacia de la trasgresión pretende llegar a ser adulto y libre, y reivindica esta emancipación no sólo para él sino para toda la humanidad.

Pecado y estructuras de injusticia

42. El hombre pecador, habiendo hecho de sí su propio centro, busca afirmarse y satisfacer su anhelo de infinito sirviéndose de las cosas: riquezas; poder y placeres, despreciando a los demás hombres a los que despoja injustamente y trata como objetos o instrumentos. De este modo contribuye por su parte a la creación de estas estructuras de explotación y de servidumbre que, por otra parte, pretende denunciar.

CAPITULO III

Liberación y libertad cristiana

Evanglio, libertad y liberación

43. La historia humana, marcada por la experiencia del pecado, nos conduciría a la desesperación, si Dios hubiera abandonado a su criatura. Pero las promesas divinas de liberación y su victorioso cumplimiento en la muerte y en la resurrección de Cristo, son el fundamento de la «gozosa esperanza» de la que la comunidad cristiana saca su fuerza para actuar resuelta y eficazmente al servicio del amor, de la justicia y de la paz. El Evangelio es un mensaje de libertad y una fuerza de liberación que lleva a cumplimiento la esperanza de Israel, fundada en la palabra de los Profetas. Se apoya en la acción de Yavé que, antes de intervenir como «goel», liberador redentor, salvador de su pueblo, lo había elegido gratuitamente en Abrahán.

I. La liberación en el Antiguo Testamento

El Exodo y las intervenciones liberadoras de Yavé

44. En el Antiguo Testamento la acción liberadora de Yavé que sirve de modelo y punto de referencia a todas las otras, es el Exodo de Egipto, «casa de

esclavitud». Si Dios saca a su pueblo de una dura esclavitud económica, política y cultural, es con miras a hacer de él, mediante la Alianza en el Sinaí, «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Ex 19, 6). Dios quiere ser adorado por hombres libres. Todas las liberaciones ulteriores del pueblo de Israel tienden a conducirlo a esta libertad en plenitud que no puede encontrar más que en la comunión con su Dios.

El acontecimiento mayor y fundamento del Exodo tiene, por tanto, un significado a la vez religioso y político. Dios libera a su pueblo, le da una descendencia, una tierra, una ley, pero dentro de una Alianza y para una Alianza. Por tanto, no se debe aislar en sí mismo el aspecto político; es necesario considerarlo a la luz del designio de naturaleza religiosa en el cual está integrado.

La Ley de Dios

45. En su designio de salvación, Dios dio su Ley a Israel. Esta con-

tenía, junto con los preceptos morales universales del Decálogo, normas culturales y civiles que debían regular la vida del pueblo escogido por Dios para ser su testigo entre las naciones.

En este conjunto de leyes, el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo constituye ya el centro. Pero la justicia que debe regular las relaciones entre los hombres, y el derecho que es su expresión jurídica, pertenecen también a la trama más característica de la Ley Bíblica. Los Códigos y la predicación de los Profetas, así como los Salmos, se refieren constantemente tanto a una como a otra, y muy a menudo a las dos a la vez. En este contexto es donde debe apreciarse el interés de la Ley Bíblica por los pobres, los desheredados, la viuda y el huérfano; a ellos se debe la justicia según la ordenación jurídica del Pueblo de Dios. El ideal y el bosquejo ya existen entonces en una sociedad centrada en el culto al Señor y fundamentada sobre la justicia y el derecho animados por el amor.

La enseñanza de los Profetas

46. Los Profetas no cesan de recordar a Israel las exigencias de la

Ley de la Alianza. Denuncian que en el corazón endurecido del hombre está el origen de las transgresiones repetidas, y anuncian una Alianza Nueva en la que Dios cambiará las razones grabando en ellos la Ley de su espíritu.

Al anunciar y preparar esta nueva era, los Profetas denuncian con vigor las injusticias contra los pobres; se hacen portavoces de Dios en favor de ellos. Yavé es el recurso supremo de los pequeños y de los oprimidos, y el Mesías tendrá la misión de defenderlos.

La situación del pobre es una situación de injusticia contraria a la Alianza. Por esto la Ley de la Alianza lo protege a través de unos preceptos que reflejan la actitud misma de Dios cuando liberó a Israel de la esclavitud de Egipto. La injusticia contra los pequeños y los pobres es un pecado grave, que rompe la comunión con Yavé.

Los «pobres de Yavé»

47. Partiendo de todas las formas de pobreza, de injusticia su-

frida, de aflicción, los «justos» y los «pobres de Yavé» elevan hacia El su súplica en los Salmos. Sufren en su corazón la esclavitud a la que el pueblo «rapado hasta la nuca» ha sido reducido a causa de sus pecados. Soportan la persecución, el martirio, la muerte, pero viven en la esperanza de la liberación. Por encima de todo ponen su confianza en Yavé a quien encomiendan su propia causa.

Los «pobres de Yavé» saben que la comunión con El es el bien más precioso en el que el hombre encuentra su verdadera libertad. Para ellos, el mal más trágico es la pérdida de esta comunión. Por consiguiente, el combate contra la injusticia adquiere su sentido más profundo y su eficacia en su deseo de ser liberados de la esclavitud del pecado.

En el umbral del Nuevo Testamento

48. En el umbral del Nuevo Testamento, los «pobres de Yavé»

constituyen las primicias de un «pueblo humilde y pobre» que vive en la esperanza de la liberación de Israel.

María, al personificar esta esperanza, tras-pasa el umbral del Antiguo Testamento. Anuncia con gozo la llegada mesiánica y alaba al Señor que se prepara a liberar a su Pueblo. En su himno de alabanza a la Misericordia divina, la Virgen humilde, a la que mira espontáneamente y con tanta confianza el pueblo de los pobres, canta el misterio de salvación y su fuerza de transformación. El sentido de la fe, tan vivo en los pequeños, sabe reconocer a simple vista toda la riqueza a la vez soteriológica y ética del *Magnificat*.

II. Significado cristológico del Antiguo Testamento

A la luz de Cristo

49. El Exodo, la Alianza, la Ley, la voz de los Profetas y la espiritualidad de los «pobres de Yavé» alcanzan su pleno significado solamente en Cristo.

La Iglesia lee el Antiguo Testamento a la luz de Cristo muerto y resucitado por nosotros. Ella se ve prefigurada en el Pueblo de Dios de la Antigua Alianza, encarnada en el cuerpo concreto de una nación particular, política y culturalmente constituida, que estaba inserto en la trama de la historia como testigo de Yavé ante las naciones, hasta que llegara a su cumplimiento el tiempo de las preparaciones y de las figuras. Los hijos de Abrahán fueron llamados a entrar con todas las naciones en la Iglesia de Cristo, para formar con ellas un solo Pueblo de Dios, espiritual y universal.

III. La liberación cristiana anunciada a los pobres

La Buena Nueva anunciada a los pobres

50. Jesús anuncia la Buena Nueva del Reino de Dios y llama a los hombres a la conversión. «Los pobres son evangelizados» (Mt. 11, 5): Jesús, citando las palabras del Profeta, manifiesta su acción mesiánica en favor de quienes esperan la salvación de Dios.

Más aún, el Hijo de Dios, que se ha hecho pobre por amor a nosotros, quiere ser reconocido en los pobres, en los que sufren o son perseguidos: «Cuantas veces hicisteis esto a uno de estos mis hermanos menores, a mí me lo hicisteis» (Mt. 25, 40).

El Misterio Pascual

51. Pero es, ante todo, por la fuerza de su Misterio Pascual que Cristo nos ha liberado. Mediante su obediencia perfecta en la Cruz y mediante la gloria de su resurrección, el Cordero de Dios ha quitado el pecado del mundo y nos ha abierto la vía de la liberación definitiva.

Por nuestro servicio y nuestro amor, así como por el ofrecimiento de nuestras pruebas y sufrimientos, participamos en el único sacrificio redentor de Cristo, completando en nosotros «lo

que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia» (Col 1, 14), mientras esperamos la resurrección de los muertos.

Gracia, reconciliación y libertad

52. El centro de la experiencia cristiana de la libertad está en la justificación por la gracia de la fe y de los sacramentos de la Iglesia. Esta gracia nos libera del pecado y nos introduce en la comunión con Dios. Mediante la muerte y la resurrección de Cristo se nos ofrece el perdón. La experiencia de nuestra reconciliación con el Padre es fruto del Espíritu Santo. Dios se nos revela como Padre de misericordia, al que podemos presentarnos con total confianza.

Reconciliados con El y recibiendo la paz de Cristo que el mundo no puede dar, estamos llamados a ser en medio de los hombres artífices de paz.

En Cristo podemos vencer el pecado, y la muerte ya no nos separa de Dios; ésta será destruida finalmente en el momento de nuestra resurrección, a semejanza de la de Jesús. El mismo «cosmos», del que el hombre es centro y ápice, espera ser liberado «de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rom. 8, 21). Ya desde ese momento Satanás está en dificultad; él, que tiene el poder de la muerte, ha sido reducido a la impotencia mediante la muerte de Cristo. Aparecen ya unas señales que anticipan la gloria futura.

Lucha contra la esclavitud del pecado

53. La libertad traída por Cristo en el Espíritu Santo nos ha restituido la capacidad —de la que nos había privado el pecado— de amar a Dios por encima de todo y permanecer en comunión con El.

Somos liberados del amor desordenado hacia nosotros mismos, que es la causa del desprecio al prójimo y de las relaciones de dominio entre los hombres.

Sin embargo, hasta la venida gloriosa del Resucitado, el misterio de iniquidad está siempre actuando en el mundo. San Pablo nos lo advierte: «Para que gocemos de libertad, Cristo nos ha hecho libres» (Gál. 5, 1). Es necesario, por tanto, perseverar y luchar para no volver a caer bajo el yugo de la esclavitud. Nuestra existencia es un combate espiritual por la vida se-

gún el Evangelio y con las armas de Dios. Pero nosotros hemos recibido la fuerza y la certeza de nuestra victoria sobre el mal, victoria del amor de Cristo a quien nada se puede resistir.

El Espíritu y la Ley

54. San Pablo proclama el don de la Ley nueva del Espíritu en

oposición a la ley de la carne o de la concupiscencia que inclina al hombre al mal y lo hace incapaz de escoger el bien. Esta falta de armonía y esta debilidad interior no anulan la libertad ni la responsabilidad del hombre, sino que comprometen la práctica del bien. Ante esto dice el Apóstol: «No hago el bien que quiero» (*Rom. 7, 19*). Habla pues, con razón, de la «servidumbre del pecado» y de la «esclavitud de la ley», ya que para el hombre pecador, la ley, que él no puede interiorizar, le resulta opresora.

Sin embargo, San Pablo reconoce que la ley conserva su valor para el hombre y para el cristiano puesto que «es santa, y el precepto, santo, justo y bueno» (*Rom. 7, 12*). Reafirma el Decálogo poniéndolo en relación con la caridad, que es su verdadera plenitud. Además, sabe que es necesario un orden jurídico para el desarrollo de la vida social. Pero la novedad que él proclama es que Dios nos ha dado a su Hijo «para que la justicia exigida por la ley fuera cumplida en nosotros» (*Rom 8, 4*).

El mismo Señor Jesús ha anunciado en el Sermón de la Montaña los preceptos de la Ley nueva; con su sacrificio ofrecido en la Cruz y su resurrección gloriosa, ha vencido el poder del pecado y nos ha obtenido la gracia del Espíritu Santo que hace posible la perfecta observancia de la Ley de Dios y el acceso al perdón, si caemos nuevamente en el pecado. El Espíritu que habita en nuestros corazones es la fuente de la verdadera libertad.

Por el sacrificio de Cristo, las prescripciones culturales del Antiguo Testamento se han vuelto caducas. En cuanto a las normas jurídicas de la vida social y política de Israel, la Iglesia apostólica, como Reino de Dios inaugurado sobre la tierra, ha tenido conciencia de que no estaba ya sujeta a ellas. Esto hizo comprender a la comunidad cristiana que las leyes y los actos de las autoridades de los diversos pueblos, aunque legítimos y dignos de obediencia, no podran, sin embargo, pretender nunca, en cuanto que proceden de ellas, un carácter sagrado. A la luz del

Evangelio, un buen número de leyes y de estructuras parece que llevan la marca del pecado y prolongan su influencia opresora en la sociedad.

IV. El mandamiento nuevo

El amor, don del Espíritu

55. El amor de Dios, derramado en nuestros corazones por el Espí-

ritu Santo, implica el amor al prójimo. Recordando el primer mandamiento, Jesús añade a continuación: «El segundo, semejante a éste, es: Amarás al prójimo como a ti mismo. De esos dos preceptos penden toda la Ley y los Profetas.» (*Mt. 22, 39-40*). Y San Pablo dice que la caridad es el cumplimiento pleno de la Ley.

El amor al prójimo no tiene límites: se extiende a los enemigos y a los perseguidores. La perfección, imagen de la del Padre, a la que todo discípulo debe tender, está en la misericordia. La parábola del Buen Samaritano muestra que el amor lleno de compasión, cuando se pone al servicio del prójimo, destruye los prejuicios que levantan a los grupos étnicos y sociales unos contra otros. Todos los libros del Nuevo Testamento dan testimonio de esta riqueza inagotable de sentimientos de la que es portador el amor cristiano al prójimo.

El amor al prójimo

56. El amor cristiano, gratuito y universal, se basa en el amor de

Cristo, que dio su vida por nosotros: «Que os améis los unos a los otros; como yo os he amado, así también amaos mutuamente.» (*Jn. 13, 34-35*). Este es el «mandamiento nuevo» para los discípulos.

A la luz de este mandamiento, el Apóstol Santiago recuerda severamente a los ricos sus deberes, y San Juan afirma que quien teniendo bienes de este mundo y viendo a su hermano en necesidad le cierra su corazón, no puede

permanecer en él la caridad de Dios. El amor al hermano es la piedra de toque del amor a Dios: «El que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve.» (*1 Jn. 4, 20*), San Pablo subraya con fuerza la unión existente entre la participación en el sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo y el compartir con el hermano que se encuentra necesitado.

**Justicia
y caridad**

57. El amor evangélico y la vocación de hijos de Dios, a la que

todos los hombres están llamados, tienen como consecuencia la exigencia directa e indirecta de respetar a cada ser humano en sus derechos a la vida y a la dignidad. No existe distancia entre el amor al prójimo y la voluntad de justicia. Al oponerlos entre sí, se desnaturaliza el amor y la justicia a la vez. Además, el sentido de la misericordia completa el de la justicia, impidiéndole que se encierre en el círculo de la venganza.

Las desigualdades inicuas y las opresiones de todo tipo que afectan hoy a millones de hombres y mujeres están en abierta contradicción con el Evangelio de Cristo y no pueden dejar tranquila la conciencia de ningún cristiano.

La Iglesia, dócil al Espíritu, avanza con fidelidad por los caminos de la liberación auténtica. Sus miembros son conscientes de sus flaquezas y de sus retrasos en esta búsqueda. Pero una multitud de cristianos, ya desde el tiempo de los Apóstoles, han dedicado sus fuerzas y sus vidas a la liberación de toda forma de opresión y a la promoción de la dignidad humana. La experiencia de los Santos y el ejemplo de tantas obras de servicio al prójimo constituyen un estímulo y una luz para las iniciativas liberadoras que se imponen hoy.

V. *La Iglesia, Pueblo de Dios de la Nueva Alianza*

**Hacia la plenitud
de la libertad**

58 El Pueblo de Dios de la Nueva Alianza es la Iglesia de Cristo. Su

ley es el mandamiento del amor. En el corazón de sus miembros, el Espíritu habita como en un templo. La misma Iglesia es el germen y el comienzo del Reino de Dios aquí abajo, que tendrá su cumplimiento al final de los tiempos con la resurrección de los muertos y la renovación de toda la creación.

Poseyendo las arras del Espíritu, el Pueblo de Dios es conducido a la plenitud de la libertad. La Jerusalén nueva que esperamos con ansia es llamada justamente ciudad de libertad, en su sentido más pleno. Entonces, Dios «enjarará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado» (Ap. 21, 4). La esperanza es la espera segura de «otros cielos nuevos y otra nueva tierra, en que tiene su morada la justicia» (2 Pe. 3, 13).

**El encuentro final
con Cristo**

59. La transfiguración de la Iglesia, obrada por Cristo resucitado,

al llegar al final de su peregrinación, no anula de ningún modo el destino personal de cada uno al término de su vida. Todo hombre, hallado digno ante el tribunal de Cristo por haber hecho, con la gracia de Dios, buen uso de su libre albedrío, obtendrá la felicidad. Llegará a ser semejante a Dios porque le verá tal cual es. El don divino de la salvación eterna es la exaltación de la mayor libertad que se pueda concebir.

**Esperanza escatológica
y compromiso para la
liberación temporal**

60. Esta esperanza no debilita el compromiso en orden al progreso de la ciudad terrena, sino por el contrario le da sentido y fuerza. Conviene ciertamente distinguir bien entre progreso terreno y crecimiento del Reino, ya que no son del mismo orden. No obstante, esta distinción no supone una separación, pues la vocación del hombre a la vida eterna no suprime, sino que confirma, su deber de poner en práctica las energías y los medios recibidos del Creador para desarrollar su vida temporal.

La Iglesia de Cristo, iluminada por el Espíritu del Señor, puede discernir en los signos de los tiempos los que son prometedores de liberación y los que, por el contrario, son engañosos e ilusorios. Ella llama al hombre y a la sociedades a vencer las situaciones de pecado y de injusticia, y a establecer las condiciones para una verdadera libertad. Tiene conciencia de que todos estos bienes, como son la dignidad humana, la unión fraterna y la libertad, que constituyen el fruto de esfuerzos conformes a la voluntad de Dios, los encontramos «limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados, cuando Cristo en-

treque al Padre el reino eterno y universal», que es un reino de libertad.

La espera vigilante y activa de la venida del Reino es también la de una justicia totalmente perfecta para los vivos y los muertos, para los hombres de todos los tiempos y lugares, que Jesucristo, constituido Juez Supremo, instaurará. Esta promesa, que supera todas las posibilidades humanas, afecta directamente a nuestra vida en el mundo, porque una verdadera justicia debe alcanzar a todos y debe dar respuesta a los muchos sufrimientos padecidos por todas las generaciones. En realidad, sin la resurrección de los muertos y el juicio del Señor no hay justicia en el sentido pleno de la palabra. La promesa

de la resurrección satisface gratuitamente el afán de justicia verdadera que está en el corazón humano.

CAPITULO IV

Misión liberadora de la Iglesia

La Iglesia y las inquietudes del hombre 61. La Iglesia tiene la firme voluntad de responder a las inquietudes del hombre contemporáneo, sometido a duras opresiones y ansioso de libertad. La gestión política y económica de la sociedad no entra directamente en su misión. Pero el Señor Jesús le ha confiado la palabra de verdad capaz de iluminar las conciencias. El amor divino, que es su vida, la apremia a hacerse realmente solidaria con todo hombre que sufre. Si sus miembros permanecen fieles a esta misión, el Espíritu Santo, fuente de libertad, habitará en ellos y producirán frutos de justicia y de paz en su ambiente familiar, profesional y social.

I. Para la salvación integral del mundo

Las Bienaventuranzas y la fuerza del Evangelio 62. El Evangelio es la fuerza de vida eterna, dada ya desde ahora a quienes lo reciben. Pero al engendrar hombres nuevos, esta fuerza penetra en la comunidad humana y en su historia, purificando y vivificando así sus actividades. Por ello, es «raíz de cultura».

Las Bienaventuranzas proclamadas por Jesús expresan la perfección del amor evangélico; ellas no han dejado de ser vividas a lo largo de toda la historia de la Iglesia por numerosos bautizados y, de una manera eminente, por los santos.

Las Bienaventuranzas, a partir de la primera, a de los pobres, forman un todo que no puede ser separado del conjunto de Sermón de la Montaña. Jesús, el nuevo Moisés, comenta en ellas el Decálogo, la Ley de la Alianza, dándole su sentido definitivo y pleno. Las Bienaventuranzas leídas e interpretadas en todo su contexto expresan el espíritu del Reino de Dios que viene. Pero a la luz del destino definitivo de la historia humana así manifestado aparecen al mismo tiempo más claramente los fundamentos de la justicia en el orden temporal.

Así, pues, al enseñar la confianza que se apoya en Dios, la esperanza de la vida eterna, el amor a la justicia, la misericordia que llega hasta el perdón y la reconciliación, las Bienaventuranzas permiten situar el orden temporal en función de un orden trascendente que, sin quitarle su propia consistencia, le confiere su verdadera medida.

Iluminados por ellas, el compromiso necesario en las tareas temporales al servicio del prójimo y de la comunidad humana es, al mismo tiempo, requerido con urgencia y mantenido en su justa perspectiva. Las Bienaventuranzas preservan de la idolatría de los bienes terrenos y de las injusticias que entrañan su búsqueda desenfrenada. Ellas apartan de la búsqueda utópica y destructiva de un mundo perfecto, pues «pasa la apariencia de este mundo» (1 Cor 7, 31).

El anuncio de la salvación 63. La misión especial de la Iglesia, siguiendo la de Cristo, es una misión evangelizadora y salvífica. Saca su impulso de la caridad divina. La evangelización es anuncio de salvación, don de Dios. Por la Palabra de Dios y los sacramentos el hombre es liberado ante todo del poder del pecado y del poder del Maligno que lo oprimen, y es introducido en la comunión de amor con Dios. Siguiendo a su Señor que «vino al mundo para salvar a los pecadores» (1 Tim 1, 15), la Iglesia quiere la salvación de todos los hombres.

En esta misión, la Iglesia enseña el camino que el hombre debe seguir en este mundo para entrar en el Reino de Dios. Su doctrina abarca, por consiguiente, todo el orden moral y, particularmente, la justicia, que debe regular las relaciones humanas. Esto forma parte de la predicación del Evangelio.

Pero el amor que impulsa a la Iglesia a comunicar a todos la participación en la vida divina mediante la gracia, le hace también alcanzar por la acción eficaz de sus miembros el verdadero bien temporal de los hombres, atender a sus necesidades, proveer a su cultura y promover una liberación integral de todo lo que impide el desarrollo de las personas. La Iglesia quiere el bien del hombre en todas sus dimensiones; en primer lugar, como miembro de la ciudad de Dios y luego como miembro de la ciudad terrena.

**Evangelización
y promoción
de la justicia**

64. La Iglesia no se aparta de su misión cuando se pronuncia sobre la promoción de la justicia en las sociedades humanas o cuando compromete a los fieles laicos a trabajar en ellas, según su vocación propia. Sin embargo, procura que esta misión no sea absorbida por las preocupaciones que conciernen el orden temporal, o que se reduzca a ellas. Por lo mismo, la Iglesia pone todo su interés en mantener clara firmemente a la vez la unidad y la distinción entre evangelización y promoción humana: unidad, porque ella busca el bien total del hombre; distinción, porque estas dos tareas forman parte, por títulos diversos, de su misión.

**Evangelio
y realidades terrenas**

65. La Iglesia, fiel a su propia finalidad, irradia la luz del Evangelio sobre las realidades terrenas, de tal manera que la persona humana sea curada de sus miserias y elevada en su dignidad. La cohesión de la sociedad y la distinción entre la paz es así promovida y reforzada. La Iglesia es también fiel a su misión cuando denuncia las desviaciones, las servidumbres y las opresiones de las que los hombres son víctimas.

Es fiel a su misión cuando se opone a los intentos de instaurar una forma de vida social de la que Dios esté ausente, bien sea por una oposición consciente o bien debido a negligencia culpable.

Por último, es fiel a su misión cuando emite su juicio acerca de los movimientos políticos que tratan de luchar contra la miseria y la opresión según teorías y métodos de acción contrarios al Evangelio y opuestos al hombre mismo.

Ciertamente, la moral evangélica, con las energías de la gracia, da al hombre nuevas perspectivas con nuevas exigencias. Y ayuda a perfeccionar y elevar una dimensión moral que pertenece ya a la naturaleza humana y de la que la Iglesia se preocupa, consciente de que es un patrimonio común a todos los hombres en cuanto tales.

II. El amor de preferencia a los pobres

**Jesús
y la pobreza**

66. Cristo Jesús, de rico se hizo pobre por nosotros, para enriquecernos mediante su pobreza. Así habla San Pablo sobre el misterio de la Encarnación del Hijo eterno, que vino a asumir la naturaleza humana

mortal para salvar al hombre de la miseria en la que el pecado le había sumido. Mas aún Cristo, en su condición humana, eligió un estado de pobreza e indigencia a fin de mostrar en qué consiste la verdadera riqueza que se ha de buscar, es decir, la comunión de vida con Dios. Enseñó el desprendimiento de las riquezas de la tierra para mejor desear las del cielo. Los Apóstoles que él eligió tuvieron también que abandonarlo todo y compartir su indigencia.

Anunciado por los Profetas como el Mesías de los pobres, fue entre ellos, los humildes, los «pobres de Yavé», sedientos de la justicia del Reino, donde él encontró corazones dispuestos a acogerle. Pero Jesús quiso también mostrarse cercano a quienes —aunque ricos en bienes de este mundo— estaban excluidos de la comunidad como «publicanos y pecadores», pues él vino para llamarles a la conversión.

La pobreza que Jesús declaró bienaventurada es aquella hecha a base de desprendimiento, de confianza en Dios, de sobriedad y disposición a compartir con otros.

**Jesús
y los pobres**

67. Pero Jesús no trajo solamente la gracia y la paz de Dios; él curó también numerosas enfermedades; tuvo compasión de la muchedumbre que no tenía de qué comer ni alimentarse; junto con los discípulos que le seguían practicó la limosna. La Bienaventuranza de la pobreza proclamada por Jesús no significa en manera alguna que los cristianos puedan desinteresarse de los pobres que carecen de lo necesario para la vida humana en este mundo. Como fruto y consecuencia del pecado de los hombres y de su fragilidad natural, esta miseria es un mal del que, en la medida de lo posible, hay que liberar a los seres humanos.

**El amor de preferencia
a los pobres**

68. Bajo sus múltiples formas —indigencia material, opresión injusta, enfermedades físicas y psíquicas y, por último, la muerte— la miseria humana es el signo manifiesto de la debilidad congénita en que se encuentra el hombre tras el primer pecado y de la necesidad de salvación. Por ello, la miseria humana atrae la compasión de Cristo Salvador, que la ha querido cargar sobre sí e identificarse con los «más pequeños de sus hermanos» (cf. Mt 25, 40.45). También por ello, los oprimidos por la miseria son objeto de un amor de preferencia por parte de la Iglesia que, desde los orígenes, y a pesar de los fallos de muchos de sus

miembros no ha cesado de trabajar para aliviarlos, defenderlos y liberarlos. Lo ha hecho mediante innumerables obras de beneficencia que siempre y en todo lugar continúan siendo indispensables. Además, mediante su doctrina social, cuya aplicación urge, la Iglesia ha tratado de promover cambios estructurales en la sociedad con el fin de lograr condiciones de vida dignas de la persona humana.

Los discípulos de Jesús, con el desprendimiento de las riquezas que permite compartir con los demás y abre el Reino, dieron testimonio mediante el amor a los pobres y desdichados, del amor del Padre manifestado en el Salvador. Este amor viene de Dios y vuelve a Dios. Los discípulos de Cristo han reconocido siempre en los dones presentados sobre el altar un don ofrecido a Dios mismo.

La Iglesia amando a los pobres da también testimonio de la dignidad del hombre. Afirma claramente que éste vale más por lo que es que por lo que posee. Atestigua que esa dignidad no puede ser destruida cualquiera que sea la situación de miseria, de desprecio, de rechazo o de impotencia a la que un ser humano se vea reducido. Se muestra solidaria con quienes no cuentan en una sociedad que les rechaza espiritualmente y, a veces, físicamente. De manera particular, la Iglesia se vuelve con afecto maternal hacia los niños que, a causa de la maldad humana, no verán jamás la luz, así como hacia las personas ancianas solas y abandonadas.

La opción preferencial por los pobres, lejos de ser un signo de particularismo o de sectarismo, manifiesta la universalidad del ser y de la misión de la Iglesia. Dicha opción no es exclusiva.

Esta es la razón por la que la Iglesia no puede expresarla mediante categorías sociológicas e ideológicas reductivas, que habían de esta preferencia una opción partidista y de naturaleza conflictiva.

Comunidades eclesiales de base y otros grupos de cristianos 69. Las nuevas comunidades eclesiales de base y otros grupos de cristianos formados para ser testigos de este amor evangélico son motivo de gran esperanza para la Iglesia. Si viven verdaderamente en unión con la Iglesia local y con la Iglesia universal, son una auténtica expresión de comunión y un medio para construir una comunión más profunda. Serán fieles a su misión en la medida en

que procuren educar a sus miembros en la integridad de la fe cristiana, mediante la escucha de la Palabra de Dios, la fidelidad a las enseñanzas del Magisterio, al orden jurídico de la Iglesia y a la vida sacramental. En tales condiciones su experiencia, enraizada en un compromiso por la liberación integral del hombre, viene a ser una riqueza para toda la Iglesia.

La reflexión teológica

70. De modo similar, una reflexión teológica desarrollada a partir de

una experiencia particular puede constituir un aporte muy positivo, ya que permite poner en evidencia algunos aspectos de la Palabra de Dios, cuya riqueza total no ha sido aún plenamente percibida. Pero para que esta reflexión sea verdaderamente una lectura de la Escritura, y no una proyección sobre la Palabra de Dios de un significado que no está contenido en ella, el teólogo ha de estar atento a interpretar la experiencia de la que él parte a la luz de la experiencia de la Iglesia misma. Esta experiencia de la Iglesia brilla con singular resplandor y con toda su pureza en la vida de los santos. Compete a los Pastores de la Iglesia, en comunión con el Sucesor de Pedro, discernir su autenticidad.

CAPITULO V

La doctrina social de la Iglesia: por una praxis cristiana de la liberación

La praxis cristiana de la liberación

71. La dimensión soteriológica de la liberación no puede redu-

cirse a la dimensión socio-ética que es una consecuencia de ella. Al restituir al hombre la verdadera libertad, la liberación radical obrada por Cristo le asigna una tarea: la praxis cristiana, que es el cumplimiento del gran mandamiento del amor. Este es el principio supremo de la moral cristiana, fundada sobre el Evangelio y toda la tradición desde los tiempos apostólicos y la época de los Padres de la Iglesia, hasta las recientes intervenciones del Magisterio.

Los grandes retos de nuestra época constituyen una llamada urgente a practicar esta doctrina de la acción.

1. Naturaleza de la doctrina social de la Iglesia

Mensaje evangélico y vida social

72. La enseñanza social de la Iglesia nació del encuentro del mensaje evangélico y de sus exigencias —comprendidas en el Mandamiento supremo del amor a Dios y al prójimo y en la Justicia— con los problemas que surgen en la vida de la sociedad. Se ha constituido en una doctrina, utilizando los recursos del saber y de las ciencias humanas; se proyecta sobre los aspectos éticos de la vida y toma en cuenta los aspectos técnicos los problemas, pero siempre para juzgarlos desde el punto de vista moral.

Esta enseñanza, orientada esencialmente a la acción, se desarrolla en función de las circunstancias cambiantes de la historia. Por ello, aunque basándose en principios siempre válidos, comporta también juicios contingentes. Lejos de constituir un sistema cerrado, queda abierto permanentemente a las cuestiones nuevas que no cesan de presentarse; requiere, además, la contribución de todos los carismas, experiencias y competencias.

La Iglesia, experta en humanidad, ofrece en su doctrina social un conjunto de *principios de reflexión*, de *criterios de juicio* y de *directrices de acción* para que los cambios en profundidad que exigen las situaciones de miseria y de injusticia sean llevados a cabo, de una manera tal, que sirva al verdadero bien de los hombres.

Principios fundamentales

73. El mandamiento supremo del amor conduce al pleno reconocimiento de la dignidad de todo hombre creado a imagen de Dios. De esta dignidad derivan unos derechos y unos deberes naturales. A la luz de la imagen de Dios, la libertad, prerrogativa esencial de la persona humana, se manifiesta en toda su profundidad. Las personas son los sujetos activos y responsables de la vida social.

A dicho *fundamento*, que es la dignidad del hombre, están íntimamente ligados el *principio de solidaridad* y el *principio de subsidiaridad*.

En virtud del primero, el hombre debe contribuir con sus semejantes al bien común de la sociedad, a todos los niveles. Con ello, la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de individualismo social o político.

En virtud del segundo, ni el Estado ni sociedad alguna deberán jamás substituir la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de los

grupos sociales intermedios en los niveles en los que éstos pueden actuar, ni destruir el espacio necesario para su libertad. De este modo, la doctrina social de la Iglesia se opone a todas las formas de colectivismo.

Criterios de juicio

74. Estos principios fundamentan los *criterios para emitir un juicio* sobre las *situaciones*, las *estructuras* y los *sistemas sociales*.

Así, la Iglesia no duda en denunciar las *condiciones* de vida que atentan a la dignidad y a la libertad del hombre.

Estos criterios permiten también juzgar el valor de las *estructuras*, las cuales son el conjunto de instituciones y de realizaciones prácticas que los hombres encuentran ya existentes o que crean, en el plano nacional e internacional, y que orientan u organizan la vida económica, social y política. Aunque son necesarias, tienden con frecuencia a estabilizarse y cristalizar como mecanismos relativamente independientes de la voluntad humana, paralizando con ello o alterando el desarrollo social y generando la injusticia. Sin embargo, dependen siempre de la responsabilidad del hombre, que puede modificarlas, y no de un pretendido determinado de la historia.

Las instituciones y las leyes, cuando son conformes a la ley natural y están ordenadas al bien común, resultan garantes de la libertad de las personas y de su promoción. No han de condenarse todos los aspectos coercitivos de la ley, ni la estabilidad de un Estado de Derecho digno de este nombre. Se puede hablar entonces de estructura marcada por el pecado, pero no se pueden condenar las estructuras en cuanto tales.

Los criterios de juicio conciernen también a los *sistemas* económicos, sociales y políticos. La doctrina social de la Iglesia no propone ningún sistema particular, pero, a la luz de sus principios fundamentales, hace posible, ante todo, ver en qué medida los sistemas existentes resultan conformes o no a las exigencias de la dignidad humana.

Primacia de las personas sobre las estructuras

75. Ciertamente, la Iglesia es consciente de la complejidad de los problemas que han de afrontar las sociedades y también de las dificultades para encontrarles soluciones adecuadas. Sin embargo, piensa

que, ante todo, hay que apelar a las capacidades espirituales y morales de la persona y a la exigencia permanente de conversión interior si se quiere obtener cambios económicos y sociales que estén verdaderamente al servicio del hombre.

La primacía, dada a las estructuras y la organización técnica sobre la persona y sobre la exigencia de su dignidad, es la expresión de una antropología materialista que resulta contraria a la edificación de un orden social justo.

No obstante, la prioridad reconocida a la libertad y a la conversión del corazón en modo alguno elimina la necesidad de un cambio de las estructuras injustas. Es, por tanto, plenamente legítimo que quienes sufren la opresión por parte de los detentores de la riqueza o del poder político actúen, con medios moralmente lícitos, para conseguir estructuras e instituciones en las que sean verdaderamente respetados sus derechos.

De todos modos, es verdad que las estructuras instauradas para el bien de las personas son por sí mismas incapaces de lograrlo y de garantizarlo. Prueba de ello es la corrupción que, en ciertos países, alcanza a los dirigentes y a la burocracia del Estado, y que destruye toda vida social honesta. La rectitud de costumbres es

condición para la salud de la sociedad. Es necesario, por consiguiente, actuar tanto para la conversión de los corazones como para el mejoramiento de las estructuras, pues el pecado que se encuentra en la raíz de las situaciones injustas es, en sentido propio y primordial, un acto voluntario que tiene su origen en la libertad de la persona. Sólo en sentido derivado y secundario se aplica a las estructuras y se puede hablar de «pecado social».

Por lo demás, en el proceso de liberación, no se puede hacer abstracción de la situación histórica de la nación, ni atentar contra la identidad cultural del pueblo. En consecuencia, no se puede aceptar pasivamente, y menos aún apoyar activamente, a grupos que, por la fuerza o la manipulación de la opinión, se adueñan del aparato del Estado e imponen abusivamente a la colectividad una ideología importada, opuesta a los verdaderos valores culturales del pueblo. A este respecto conviene recordar la grave responsabilidad moral y política de los intelectuales.

Directrices para la acción

76. Los principios fundamentales y los criterios de juicio inspiran directrices para la acción. Puesto que el bien común de la sociedad humana está al servicio de las personas, los medios de acción deben estar en conformidad con la dignidad del hombre y favorecer la educación de la libertad. Existe un criterio seguro de juicio y de acción: no hay auténtica liberación cuando los derechos de la libertad no son respetados desde el principio.

En el recurso sistemático a la violencia presentada como vía necesaria para la liberación hay que denunciar una ilusión destructora que abre el camino a nuevas servidumbres. Habrá que condenar con el mismo vigor la violencia ejercida por los hacendados contra los pobres, las arbitrariedades policiales así como toda forma de violencia constituida en sistema de gobierno. En este terreno hay que saber aprender de las trágicas experiencias que ha contemplado y contempla aún la historia de nuestro siglo. No se puede admitir la pasividad culpable de los poderes públicos en unas democracias donde la situación social de muchos hombres y mujeres está lejos de corresponder a lo que exigen los derechos individuales y sociales constitucionalmente garantizados.

Una lucha por la justicia

77. Cuando la Iglesia alienta la creación y la actividad de asociaciones —como sindicatos— que luchan por la defensa de los derechos e intereses legítimos de los trabajadores y por la justicia social, no admite en absoluto la teoría que ve en la lucha de clases el dinamismo estructural de la vida social. La acción que preconiza no es la lucha de una clase contra otra para obtener la eliminación del adversario; dicha acción no proviene de la sumisión aberrante a una pretendida ley de la historia. Se trata de una lucha noble y razonada en favor de la justicia y de la solidaridad social. El cristiano preferirá siempre la vía del diálogo y del acuerdo.

Cristo nos ha dado el mandamiento del amor a los enemigos. La Liberación según el espíritu del Evangelio es, por tanto, incompatible con el odio al otro, tomado individual o colectivamente, incluido el enemigo.

El mito de la revolución

78. Determinadas situaciones de grave injusticia requieren el coraje de unas reformas en profundidad y la supresión de unos privilegios injustificables. Pero quienes desacreditan la vía de las reformas en provecho del mito de la revolución, no solamente alimentan la ilusión de que la abolición de una situación inicua es suficiente por sí misma para crear una sociedad más humana, sino que incluso favorecen la llegada al poder de regímenes totalitarios. La lucha contra las injusticias solamente tiene sentido si está encaminada a la instauración de un nuevo orden social y político conforme a las exigencias de la justicia. Esta debe ya marcar las etapas de su instauración. Existe una moralidad de los medios.

Un último recurso

79. Estos principios deben ser especialmente aplicados en el caso extremo de recurrir a la lucha armada, indicada por el Magisterio como el último recurso para poner fin a una «tiranía evidente y prolongada que atentara gravemente a los derechos fundamentales de la persona y perjudicara peligrosamente al bien común de un país». Sin embargo, la aplicación concreta de este medio sólo puede ser tenido en cuenta después de un análisis muy riguroso de la situación. En efecto, a causa del desarrollo continuo de las técnicas empleadas y de la creciente gravedad de los peligros implicados en el recurso a la violencia, lo que se llama hoy «resistencia pasiva» abre un camino más conforme con los principios morales y no menos prometedor de éxito.

Jamás podrá admitirse, ni por parte del poder constituido, ni por parte de los grupos insurgentes, el recurso a medios criminales como las represalias efectuadas sobre poblaciones, la tortura, los métodos del terrorismo y de la provocación calculada, que ocasionan la muerte de personas durante manifestaciones populares. Son igualmente inadmisibles las odiosas campañas de calumnias capaces de destruir a la persona psíquica y moralmente.

El papel de los Laicos

80. No toca a los pastores de la Iglesia intervenir directamente en la construcción política y en la organización de la vida social. Esta tarea forma parte de la vocación de los laicos que actúan por propia ini-

ciativa con sus conciudadanos. Deben llevarla a cabo, conscientes de que la finalidad de la Iglesia es extender el Reino de Cristo para que todos los hombres se salven y por su medio el mundo esté efectivamente orientado a Cristo.

La obra de salvación aparece, de esta manera, indisolublemente ligada a la labor de mejorar y elevar las condiciones de la vida humana en este mundo.

La distinción entre el orden sobrenatural de salvación y el orden temporal de la vida humana debe ser visto en la perspectiva del único designio de Dios de recapitular todas las cosas en Cristo. Por ello, tanto en uno como en otro campo, el laico —fiel y ciudadano a la vez— debe dejarse guiar constantemente por su conciencia cristiana.

La acción social, que puede implicar una pluralidad de vías concretas, estará siempre orientada al bien común y será conforme al mensaje evangélico y a las enseñanzas de la Iglesia. Se evitará que la diferencia de opciones dañe el sentido de colaboración, conduzca a la paralización de los esfuerzos o produzca confusión en el pueblo cristiano.

La orientación recibida de la doctrina social de la Iglesia debe estimular la adquisición de competencias técnicas y científicas indispensables. Estimulará también la búsqueda de la formación moral del carácter y la profundización de la vida espiritual. Esta doctrina, al ofrecer principios y sabios consejos, no dispensa de la educación en la prudencia política, requerida para el gobierno y la gestión de las realidades humanas.

II. Exigencias evangélicas de transformación en profundidad

Necesidad de una transformación cultural

81. Un reto sin precedentes es lanzado hoy a los cristianos que trabajan en la realización de esta civilización del amor, que condensa toda la herencia ético-cultural del Evangelio. Esta tarea requiere una nueva reflexión sobre lo que constituye la relación del mandamiento supremo del amor y el orden social considerado en toda su complejidad.

El fin directo de esta reflexión en profundidad es la elaboración y la puesta en marcha de programas de acción audaces con miras a la liberación socio-económica de millones de hombres y mujeres cuya situación de opresión económica, social y política es intolerable.

Esta acción debe comenzar por un gran esfuerzo de educación: educación a la civilización del trabajo, educación a la solidaridad, acceso de todos a la cultura.

El Evangelio del trabajo

82. La existencia de Jesús de Nazaret —verdadero «Evangelio

del trabajo»— nos ofrece el ejemplo vivo y el principio de la radical transformación cultural indispensable para resolver los graves problemas que nuestra época debe afrontar. El, que siendo Dios se hizo en todo semejante a nosotros, se dedicó durante la mayor parte de su vida terrestre a un trabajo manual. La cultura que nuestra época espera estará caracterizada por el pleno reconocimiento de la dignidad del trabajo humano, el cual se presenta en toda su nobleza y fecundidad a la luz de los misterios de la Creación y de la Redención. El trabajo, reconocido como expresión de la persona, se vuelve fuente de sentido y esfuerzo creador.

Una verdadera civilización del trabajo

83. De este modo, la solución para la mayor parte de los gravísimos

problemas de la miseria se encuentra en la promoción de una verdadera civilización del trabajo. En cierta manera, el trabajo es la clave de toda la cuestión social.

Es, por tanto, en el terreno del trabajo donde ha de ser emprendida de manera prioritaria una acción liberadora en la libertad. Dado que la relación entre la persona humana y el trabajo es radical y vital, las formas y modalidades, según las cuales esta relación sea regulada, ejercerán una influencia positiva para la solución de un conjunto de problemas sociales y políticos que se plantean a cada pueblo. Unas relaciones de trabajo justas prefigurarán un sistema de comunidad política apto a favorecer el desarrollo integral de toda la persona humana.

Si el sistema de relaciones de trabajo, llevado a la práctica por los protagonistas directos —trabajadores y empleados, con el apoyo indispensable de los poderes públicos—, logra instaurar una civilización del trabajo, se producirá entonces, en la manera de ver de los pueblos e incluso en las bases institucionales y políticas, una revolución pacífica en profundidad.

Bien común nacional e internacional

84. Esta cultura del trabajo deberá suponer y poner en práctica un

cierto número de valores esenciales. Ha de reconocer que la persona del trabajador es principio, sujeto y fin de la actividad laboral. Afirmará la prioridad del trabajo sobre el capital y el destino universal de los bienes materiales. Estará animada por el sentido de una solidaridad que no comporta solamente reivindicación de derechos, sino también cumplimiento de deberes. Implicará la participación orientada a promover el bien común nacional e internacional y no solamente a defender intereses individuales o corporativos. Asimilará el método de la confrontación y del diálogo eficaz.

Por su parte, las autoridades políticas deberán ser aún más capaces de obrar en el respeto de las legítimas libertades de los individuos, de las familias y de los grupos subsidiarios, creando de este modo las condiciones requeridas para que el hombre pueda conseguir su bien auténtico e integral, incluido su fin espiritual.

El valor del trabajo humano

85. Una cultura que reconozca la dignidad eminente del trabajador

pondrá en evidencia la dimensión subjetiva del trabajo. El valor de todo trabajo humano no está primordialmente en función de la clase de trabajo realizado; tiene su fundamento en el hecho de que quien lo ejecuta es una persona. Existe un criterio ético cuyas exigencias no se deben rehuir.

Por consiguiente, todo hombre tiene derecho a un trabajo, que debe ser reconocido en la práctica por un esfuerzo efectivo que mire a resolver el dramático problema del desempleo. El hecho de que éste mantenga en una situación de marginación a amplios sectores de la población, y principalmente de la juventud, es algo intolerable. Por ello, la creación de puestos de trabajo es una tarea social primordial que han de afrontar los individuos y la iniciativa privada, e igualmente el Estado. Por lo general —en este terreno como en otros—, el Estado tiene una función subsidiaria; pero con frecuencia puede ser llamado a intervenir directamente, como en el caso de acuerdos internacionales entre los diversos Estados. Tales acuerdos deben respetar el derecho de los inmigrantes y de sus familias.

Promover la participación

86. El salario, que no puede ser concebido como una simple mercancía, debe permitir al trabajador y a su familia

tener acceso a un nivel de vida verdaderamente humano en el orden material, social, cultural y espiritual. La dignidad de la persona es lo que constituye el criterio para juzgar el trabajo, y no a la inversa. Sea cual fuere el tipo de trabajo, el trabajador debe poder vivirlo como expresión de su personalidad. De aquí se desprende la exigencia de una participación que, por encima de la repartición de los frutos del trabajo, deberá comportar una verdadera dimensión comunitaria a nivel de proyectos, de iniciativas y de responsabilidades.

Prioridad del trabajo sobre el capital 87. La prioridad del trabajo sobre el capital convierte en un deber

de justicia para los empresarios anteponer el bien de los trabajadores al aumento de las ganancias. Tienen la obligación moral de no mantener capitales improductivos y, en las inversiones, mirar ante todo al bien común. Esto exige que se busque prioritariamente la consolidación o la creación de nuevos puestos de trabajo para la producción de bienes realmente útiles.

El derecho a la propiedad privada no es concebible sin unos deberes con miras al bien común. Está subordinado al principio superior del destino universal de los bienes.

Reformas en profundidad 88. Esta doctrina debe inspirar reformas antes de que sea de-

masiado tarde. El acceso de todos a los bienes necesarios para una vida humana —personal y familiar— digna de este nombre es una primera exigencia de la justicia social. Esta requiere su aplicación en el terreno del trabajo industrial y de una manera más particular en el del trabajo agrícola. Efectivamente, los campesinos, sobre todo en el Tercer Mundo, forman una masa preponderante de los pobres.

III. Promoción de la solidaridad

Una nueva solidaridad 89. La solidaridad es una exigencia directa de la fraternidad hu-

mana y sobrenatural. Los graves problemas socioeconómicos que hoy se plantean no pueden ser resueltos si no se crean nuevos frentes de solidaridad; solidaridad de los pobres entre ellos, solidaridad con los pobres, a la que los ricos son llamados, y solidaridad de los trabajadores entre sí. Las instituciones y las organizaciones

sociales, a diversos niveles, así como el Estado, deben participar en un movimiento general de solidaridad. Cuando la Iglesia hace esa llamada, es consciente de que esto le concierne de una manera muy particular.

Destino universal de los bienes 90. El principio del destino universal de los bienes, unido al de la

fraternidad humana y sobrenatural, indica sus deberes a los países más ricos con respecto a los países más pobres. Estos deberes son de solidaridad en la ayuda a los países en vías de desarrollo; de justicia social, mediante una revisión en términos correctos de las relaciones comerciales entre Norte y Sur y la promoción de un mundo más humano para todos, donde cada uno pueda dar y recibir, y donde el progreso de unos no sea obstáculo para el desarrollo de los otros, ni un pretexto para su servidumbre.

Ayuda al desarrollo 91. La solidaridad internacional es una exigencia de orden moral

que no se impone únicamente en el caso de urgencia extrema, sino también para ayudar al verdadero desarrollo. Se da en ello una acción común que requiere un esfuerzo concertado y constante para encontrar soluciones técnicas concretas, pero también para crear una nueva mentalidad entre los hombres. De ello depende en gran parte la paz del mundo.

IV. Tareas culturales y educativas

Derecho a la instrucción y a la cultura 92. Las desigualdades contrarias a la justicia en la posesión y el

uso de los bienes materiales están acompañadas y agravadas por desigualdades también injustas en el acceso a la cultura. Cada hombre tiene un derecho a la cultura, que es característica específica de una existencia verdaderamente humana a la que tiene acceso por el desarrollo de sus facultades de conocimiento, de sus virtudes morales, de su capacidad de relación con sus semejantes, de su aptitud para crear obras útiles y bellas. De aquí se deriva la exigencia de la promoción y difusión de la educación, a la que cada uno tiene un derecho inalienable. Su primera condición es la eliminación del analfabetismo.

**Respeto
de la libertad cultural**

93. El derecho de cada hombre a la cultura no está asegurado

si no se respeta la libertad cultural. Con demasiada frecuencia la cultura degenera en ideología y la educación se transforma en instrumento al servicio del poder político y económico. No compete a la autoridad pública determinar el tipo de cultura. Su función es promover y proteger la vida cultural de todos, incluso la de las minorías.

**Tarea educativa
de la familia**

94. La tarea educativa pertenece fundamental y prioritariamente a la familia. La función del Estado es subsidiaria; su papel es el de garantizar, proteger, promover y suplir. Cuando el Estado reivindicada el monopolio escolar, va más allá de sus derechos y conculca la justicia. Compete a los padres el derecho de elegir la escuela a donde enviar a sus propios hijos y crear y sostener centros educativos de acuerdo con sus propias convicciones. El Estado no puede, sin cometer injusticia, limitarse a tolerar las escuelas llamadas privadas. Estas prestan un servicio público y tienen, por consiguiente, el derecho a ser ayudadas económicamente.

**«Las libertades»
y la participación**

95. La educación que da acceso a la cultura es también educación

en el ejercicio responsable de la libertad. Por esta razón, no existe auténtico desarrollo si no es en un sistema social y político que respete las libertades y las favorezca con la participación de todos. Tal participación puede revestir formas diversas; es necesaria para garantizar un justo pluralismo en las instituciones y en las iniciativas sociales. Asegura —sobre todo con la separación real entre los poderes del Estado— el ejercicio de los derechos del hombre, protegiéndoles igualmente contra los posibles abusos por parte de los poderes públicos. De esta participación en la vida social y política nadie puede ser excluido por motivos de sexo, raza, color, condición social, lengua o religión. Una de las injusticias mayores de nuestro tiempo en muchas naciones es la de mantener al pueblo al margen de la vida cultural, social y política.

Cuando las autoridades políticas regulan el ejercicio de las libertades, no han de poner como pretexto exigencias de orden público y de seguridad para limitar sistemáticamente estas li-

bertades. Ni el pretendido principio de la «seguridad nacional», ni una visión económica restrictiva, ni una concepción totalitaria de la vida social, deberán prevalecer sobre el valor de la libertad y de sus derechos.

**El reto
de la inculturación**

96. La fe es inspiradora de criterios de juicio, de valores determi-

nantes, de líneas de pensamiento y de modelos de vida, válidos para la comunidad humana en cuanto tal. Por ello, la Iglesia, atenta a las angustias de nuestro tiempo, indica las vías de una cultura en la que el trabajo se pueda reconocer según su plena dimensión humana y donde cada ser humano pueda encontrar las posibilidades de realizarse como persona. La Iglesia lo hace en virtud de su apertura misionera para la salvación integral del mundo, en el respeto de la identidad de cada pueblo y nación.

La Iglesia —comunidad que une diversidad y unidad—, por su presencia en el mundo entero, asume lo que encuentra de positivo en cada cultura. Sin embargo, la inculturación no es simple adaptación exterior, sino que es una transformación interior de los auténticos valores culturales por su integración en el cristianismo y por el enraizamiento del cristianismo en las diversas culturas humanas. La separación entre Evangelio y cultura es un drama, del que los problemas evocados son la triste prueba. Se impone, por tanto, un esfuerzo generoso de evangelización de las culturas, las cuales se verán regeneradas en su reencuentro con el Evangelio. Más, dicho encuentro supone que el Evangelio sea verdaderamente proclamado. La Iglesia, iluminada por el Concilio Vaticano II, quiere consagrarse a ello con todas sus energías con el fin de generar un potente impulso liberador.

CONCLUSION

**El canto
del «Magnificat»**

97. «Bienaventurada
la que ha creído...»
(Luc 1, 45). Al saludo

de Isabel, la Madre de Dios responde dejando prorrumpir su corazón en el canto del *Magnificat*. Ella nos muestra que es por la fe y en la fe, según su ejemplo, cómo el Pueblo de Dios llega a ser capaz de expresar en palabras y de traducir en su vida el misterio del deseo de salvación y sus dimensiones liberadoras en el plan de la existencia individual y social. En efecto, a la luz

de la fe se puede percibir que la historia de la salvación es la historia de la liberación del mal bajo su forma más radical y el acceso de la humanidad a la verdadera libertad de los hijos de Dios. Dependiendo totalmente de Dios y plenamente orientada hacia Él por el empuje de su fe, María, al lado de su hijo, es la imagen más perfecta de la libertad y de la liberación de la humanidad y del cosmos. La Iglesia debe mirar hacia ella, Madre y Modelo, para comprender en su integridad el sentido de su misión.

Hay que poner muy de relieve que el sentido de la fe de los pobres, al mismo tiempo que es una aguda percepción del misterio de la cruz redentora, lleva un amor y a una confianza indefectible hacia la Madre del Hijo de Dios, venerada en numerosos santuarios.

**El «sensus fidei»
del Pueblo de Dios**

98. Los Pastores y todos aquellos, sacerdotes y laicos, religiosos y religiosas, que trabajan, a menudo en condiciones muy duras, en la evangelización y la promoción humana integral, deben estar llenos de esperanza pensando en los extraordinarios recursos de santidad contenidos en la fe vida del Pueblo de Dios. Hay que procurar a toda costa que estas riquezas del *sensus fidei* puedan manifestarse plenamente y dar frutos en abundancia. Es una noble tarea eclesial que atañe al teólogo ayudar a que la fe del pueblo de los pobres se exprese con claridad y se traduzca en la vida, mediante la meditación en profundidad del plan de salvación, tal como se desarrolla en relación con la Virgen del *Magnificat*. De esta manera, una teología de la libertad y de la liberación, como eco filial del *Magnificat* de María conservado en la memoria de la Iglesia, constituye una exigencia de nuestro tiempo. Pero será una grave perversión tomar las energías de la religiosidad popular para desviarlas hacia un proyecto de liberación puramente terreno que muy pronto se revelaría ilusorio y causa de nuevas incertidumbres. Quienes así ceden a las ideologías del mundo y a la pretendida necesidad de la violencia, han dejado de ser fieles a la esperanza, a su audacia y a su valentía, tal como lo pone de relieve el himno al Dios de la misericordia; que la Virgen nos enseña.

**Dimensión
de una auténtica
liberación**

99. El sentido de la fe percibe toda la profundidad de la liberación realizada por el Redentor. Cristo nos ha liberado del más radical de los males, el pecado y el poder de la muerte, para devolvernos la auténtica libertad y para mostrarnos su camino. Este ha sido trazado por el mandamiento supremo, que es el mandamiento del amor.

La liberación, en su primordial significación que es soteriológica, se prolonga de este modo en tarea liberadora y exigencia ética. En este contexto se sitúa la doctrina social de la Iglesia que ilumina la praxis a nivel de la sociedad.

El cristiano está llamado a actuar según la verdad y a trabajar así en la instauración de esta «civilización del amor», de la que habló Pablo VI. El presente documento, sin pretender ser completo, ha indicado algunas de las direcciones en las que es urgente llevar a cabo reformas en profundidad. La tarea prioritaria, que condiciona el logro de todas las demás, es de orden educativo. El amor que guía el compromiso debe, ya desde ahora, generar nuevas solidaridades. Todos los hombres de buena voluntad están convocados a estas tareas, que se imponen de una manera apremiante a la conciencia cristiana.

La verdad del misterio de salvación actúa en el hoy de la historia para conducirla a la humanidad rescatada hacia la perfección del Reino, que da su verdadero sentido a los necesarios esfuerzos de liberación de orden económico, social y político, impidiéndoles caer en nuevas servidumbres.

**Un reto
formidable**

100. Es cierto que ante la amplitud y complejidad de la tarea, que puede exigir la donación de uno hasta el heroísmo, muchos se sienten tentados por el desaliento, el escepticismo o la aventura desesperada. Un reto formidable se lanza a la esperanza, teológica y humana. La Virgen magnánima del *Magnificat*, que envuelve a la Iglesia y a la humanidad con su plegaria, es el firme soporte de la esperanza. En efecto, en ella contemplamos la victoria del amor divino que ningún obstáculo puede detener y descubrimos a qué su-

blime libertad Dios eleva a los humildes. En el camino trazado por ella, hay que avanzar con un impulso de fe, la cual actúa mediante la caridad.

El Santo Padre Juan Pablo II, durante una Audiencia concedida al infrascripto Prefecto, ha aprobado esta Instrucción, acordada en reunión ordinaria de la Congregación para la Doctrina de la Fe, y ha ordenado su publicación.

Dado en Roma, en la sede de la Congregación, el día 22 de marzo de 1986, Solemnidad de la Anunciación del Señor.

IOSEPH Card. RATZINGER
Prefecto

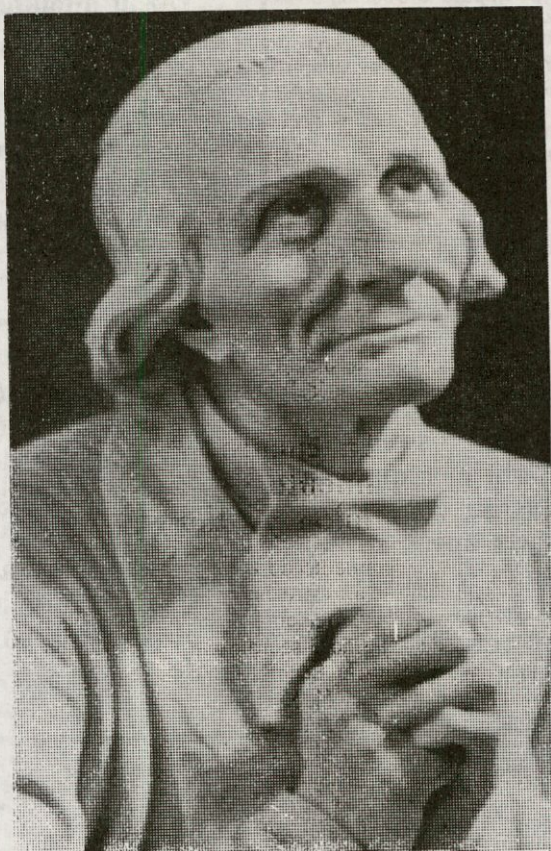
ALBERTO BOVONE
*Arzobispo Tit. de Cesarea de Numidia
Secretario*

- **La Iglesia es fiel a su misión cuando emite su juicio acerca de los movimientos políticos que tratan de luchar contra la miseria y la opresión según teorías y métodos contrarios al Evangelio y opuestos al hombre mismo**

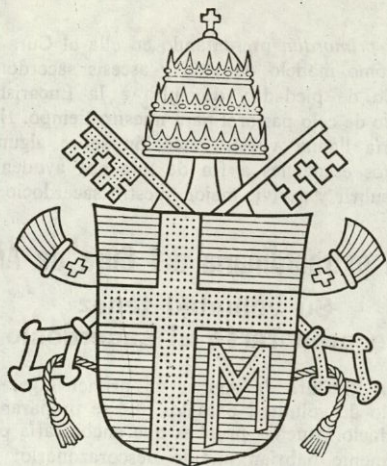
- **La promesa de la resurrección satisface el afán de justicia verdadera que está en el corazón humano**
- **La Iglesia es fiel a su misión cuando se opone a los intentos de instaurar una forma de vida social de la que Dios esté ausente**

- **La imagen de Dios en el hombre constituye el fundamento de la libertad y dignidad de la persona humana**
- **Al obedecer a la ley divina, el hombre ejerce el verdadero dominio de sí**

El Santo Cura de Ars,



modelo de sacerdote



Carta del Papa Juan Pablo II



a todos los sacerdotes de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo 1986

Queridos hermanos sacerdotes:

El Jueves Santo, fiesta de los sacerdotes

1. HENOS AQUÍ de nuevo en la proximidad del Jueves Santo, día en que Jesús instituyó la Eucaristía y al mismo tiempo nuestro sacerdocio ministerial. Cristo, "habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin" (1). Como Buen Pastor, dio su vida por sus ovejas (2), para salvar a los hombres, reconciliarlos con su Padre e introducirlos en una nueva vida. A los Apóstoles ofreció como alimento su Cuerpo, entregado por ellos, y su Sangre, derramada por ellos.

Cada año, éste es un día grande para todos los cristianos. Como los primeros discípulos, vienen a recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo en la liturgia vespertina que renueva la Cena. Reciben del Salvador el testamento del amor fraterno que deberá inspirar toda su vida, y empiezan a velar con Él, para unirse a su pasión. Vosotros los reuniréis y guiaréis en su plegaria.

Pero este día es especialmente grande para vosotros, queridos hermanos sacerdotes. Es la fiesta de los sacerdotes. Es el día en que nació nuestro sacerdocio, el cual es participación del único Sacerdocio de Cristo Mediador. En este día los sacerdotes del mundo entero son invitados a concelebrar la Eucaristía con sus obispos y a renovar a su alrededor las promesas de sus compromisos sacerdotales al servicio de Cristo y de su Iglesia.

Bien sabéis cuán cercano me siento a cada uno, de vosotros en esta ocasión. Y como cada año, en señal de nuestra unión sacramental en el mismo sacerdocio, movido por la afectuosa estima que os tengo y por mi deber de confirmar a todos mis hermanos en su servicio al Señor, os envío esta Carta para ayudarlos a reavivar el don inefable que os ha sido conferido por la imposición de las manos (3). Este sacerdocio ministerial, que es nuestra heredad, es también nuestra vocación y nuestra gracia. Marca toda nuestra vida con el sello de un servicio sumamente necesario y exigente, como es la salvación de las almas. A ellos nos sentimos arrastrados por el ejemplo de tantos sacerdotes que nos han precedido.

El ejemplo sin igual del Cura de Ars

2. Uno de estos sacerdotes está muy presente en la memoria de la Iglesia, y será especialmente conmemorado este año en el segundo centenario de su nacimiento: *San Juan María Vianney, Cura de Ars*.

Deseamos dar gracias a Cristo, Príncipe de los Pastores, por ese modelo extraordinario de vida y de servicio sacerdotal, que el Santo Cura de Ars ofrece a toda la Iglesia y, ante todo, a nosotros los sacerdotes.

¡Cuántos de nosotros se han preparado al sacerdocio, o ejercen hoy su difícil labor de cura de almas, teniendo a la vista la figura de San Juan María Vianney! Su ejemplo no debería caer en el olvido. Hoy más que nunca tenemos necesidad de su testimonio y de su intercesión, para afrontar las situaciones de nuestro tiempo en que, a pesar de algunos signos esperanzadores, la evangelización está dificultada por una creciente secularización, de forma que se descuida la ascesis sobrenatural, se pierde muchas veces de vista las perspectivas del reino de Dios, y a menudo, incluso en la pastoral, se dedica una atención demasiado exclusiva al aspecto social y a los objetivos temporales. El Cura de Ars debió afrontar en el siglo pasado dificultades que posiblemente tenían otro cariz, pero que no eran menos grandes. Por su vida y por su actividad, él representó, para la sociedad de su tiempo, como un gran reto evangélico que ha dado sorprendentes frutos de conversión. No dudamos de que él nos ofrece todavía hoy ese *gran reto evangélico*.

Os invito pues a meditar ahora sobre nuestro sacerdocio ante este Pastor sin igual, que ha ilustrado a la vez el cumplimiento pleno del ministerio sacerdotal y la santidad del ministro.

Ya sabéis que Juan María Bautista Vianney murió en Ars el 4 de agosto de 1859, después de unos cuarenta años de entrega abnegada. Tenía setenta y tres años. A su llegada, Ars era un pueblecito olvidado de la archidiócesis de Lión, actualmente de Belley. Al final de su vida, acudía allí gente de toda Francia, y su fama de santidad, después de su muerte, pronto llamó la atención de la Iglesia universal. San Pío X lo beatificó en 1905, Pío XI lo canonizó en 1925; luego, en 1929, lo declaró patrono de los sacerdotes de todo el mundo. Durante el centenario de su muerte, Juan XXIII escribió la Encíclica *Sacerdotii*

nostrí primordia, presentando en ella al Cura de Ars como modelo de vida y ascesis sacerdotal, modelo de piedad y de culto a la Eucaristía, modelo de celo pastoral para nuestro tiempo. Hoy desearía llamar vuestra atención sobre algunos aspectos esenciales a fin de que nos ayuden a redescubrir y a vivir mejor nuestro sacerdocio.

Vida extraordinaria del Cura de Ars Su voluntad tenaz de prepararse al sacerdocio

3. El Cura de Ars es en primer lugar un modelo de voluntad para los que se preparan al sacerdocio. Muchas pruebas que encontraría posteriormente habrían podido descorazonarlo: los efectos de la revolución, la falta de instrucción en el ambiente rural, la reticencia de su padre, la necesidad de hacer su parte en los trabajos agrícolas, los azares de la vida militar, y, sobre todo, a pesar de su inteligencia intuitiva y su viva sensibilidad, su gran dificultad en aprender y memorizar, y por tanto a seguir los cursos de teología en latín; finalmente, por esta razón, fue apartado temporalmente del seminario de Lión.

Sin embargo, habiendo comprobado la autenticidad de su vocación, a los 29 años pudo ser ordenado sacerdote. Por su tenacidad en el trabajo y en la oración, triunfó sobre todos los obstáculos y limitaciones, como más tarde en su vida sacerdotal lo lograría en el preparar laboriosamente sus sermones y continuar por la noche la lectura de obras teológicas y de autores espirituales. Ya desde su juventud le movía un gran deseo de "ganar almas para Dios" haciéndose sacerdote, y estaba apoyado por el vecino párroco de Ecully el cual, no dudando de su vocación, tomó a su cargo una buena parte de su preparación. ¡Qué ejemplo de valentía para aquellos que, actualmente, reciben la gracia de ser llamados al sacerdocio!

Profundidad de su amor a Cristo y a las almas

4. El Cura de Ars es un modelo de celo sacerdotal para todos los Pastores. El secreto de su amorosidad se encuentra sin duda alguna en *su amor a Dios*, vivido sin límites, en respuesta constante al amor manifestado en *Cristo crucifica-*

do. En ello funda su deseo de hacer todas las cosas para salvar las almas rescatadas por Cristo a tan gran precio y encaminarlas hacia el amor de Dios. Recordemos una de aquellas frases lapidarias cuyo secreto bien conocía: "El sacerdocio es el amor del Corazón de Jesús" (4). En sus sermones y catequisis se refería siempre a este amor: "Oh Dios mío, prefiero morir amándoos que vivir un solo instante sin amaros... Os amo, mi divino Salvador, porque habéis sido crucificado por mí... porque me tenéis crucificado para Vos" (5).

Por Cristo, trata de conformarse fielmente a las exigencias radicales que Jesús propone en el

Evangelio a los discípulos que envía en misión: oración, pobreza, humildad, renuncia a sí mismo y penitencia voluntaria. Y, como Cristo, siente por sus fieles un amor que le lleva a una entrega pastoral sin límites y al sacrificio de sí mismo. Raramente un Pastor ha sido hasta este punto consciente de sus responsabilidades, devorado por el deseo de arrancar a sus fieles del pecado o de la tibieza. "Oh Dios mío, concédeme la conversión de mi parroquia: acepto sufrir todo lo que queráis, toda mi vida".

Amados hermanos sacerdotes, iluminados por el Concilio Vaticano II que felizmente ha situado la consagración del sacerdote en el marco de su misión pastoral, busquemos el dinamismo de nuestro celo pastoral, con San Juan María Vianney, en el Corazón de Jesús, en su amor por las almas. Si no acudimos a la misma fuente, nuestro ministerio correrá el riesgo de dar muy pocos frutos.

Frutos sorprendentes y abundantes de su ministerio

5. Precisamente en el caso del Cura de Ars los frutos han sido sorprendentes, un poco como con Jesús en el Evangelio. A Juan María Vianney, que consagra a Jesús todas sus fuerzas y todo su corazón, el Salvador, en cierto modo, le entrega las almas. Y se las confía en abundancia.

Su parroquia —que solamente tenía 230 personas a su llegada— será cambiada profundamente. Es bien sabido que en aquel pueblo había mucha indiferencia y muy poca práctica religiosa entre los hombres. El obispo había advertido a Juan María Vianney: "No hay

mucho amor a Dios en esta parroquia, tú lo pondrás". Pero muy pronto, incluso fuera de su pueblo, el cura se convierte en *el Pastor de una multitud* que llega de toda la región, de diversas partes de Francia y de otros países. Se habla de 80.000 personas en el año 1858. Tienen que esperar a veces muchos días para poder verlo y confesarse. Lo que atrae no es ciertamente la curiosidad ni la misma reputación justificada por unos milagros y curaciones extraordinarias, que el Santo trataba de ocultar. Es más bien el presentimiento de encontrar un Santo, sorprendente por su penitencia, tan familiar con Dios en la oración, sobresaliente por su paz y su humildad en medio de los éxitos populares, y sobre todo tan intuitivo para corresponder a las disposiciones interiores de las almas y librarlas de su carga, particularmente en el confesionario. Sí, Dios escogió como modelo

de Pastores a aquel que habría podido parecer pobre, débil, sin defensa y menospreciable a los ojos de los hombres (6). Dios lo gratificó con sus mejores dones como guía y médico de almas.

Reconociendo también la gracia particular en el Cura de Ars, ¿no hay en ello un signo de esperanza para los Pastores que sufren hoy un cierto desierto espiritual?

Actos más importantes en el ministerio del Cura de Ars

Actividades apostólicas diversas orientadas hacia lo esencial

6. Juan María Vianney se consagró esencialmente a la enseñanza de la fe y a la purificación de las conciencias; estos dos ministerios convergían hacia la Eucaristía. ¿No habrá que ver en ello, también hoy, los tres polos del servicio pastoral del sacerdote?

Si bien el objetivo es ciertamente agrupar al Pueblo de Dios en torno al misterio eucarístico con la catequisis y la penitencia, son también necesarias otras actividades apostólicas, según las circunstancias: a veces, durante años, hay una simple presencia, con un testimonio silencioso de la fe en ambientes no cristianos; o bien una cercanía a las personas, a las familias y sus preocupaciones; tiene lugar un primer anuncio que trata de despertar, a la fe a los incrédulos y a los tibios; se da un testimonio de caridad y de

justicia compartida con los seglares cristianos, que hace más creíble la fe y la pone en práctica. De ahí toda una serie de trabajos o de obras anostólicas que preparan y fomentan la formación cristiana. El Cura de Ars se las ingeniaba en tomar iniciativas adecuadas a su tiempo y a sus feligreses. Sin embargo, todas sus actividades sacerdotales estaban centradas en la Eucaristía, la catequesis y el sacramento de la reconciliación.

El sacramento de la reconciliación

7. Es sin duda alguna su incansable entrega al sacramento de la penitencia lo que ha puesto de manifiesto el carisma principal del Cura de

ministerio de la reconciliación toda la importancia que le corresponde, y que el Sínodo de los Obispos de 1983 ha puesto justamente en evidencia (7). Sin el paso de conversión de penitencia y de petición de perdón que los ministros de la Iglesia deben alentar y acoger incansablemente, la tan deseada puesta al día sería superficial e ilusoria.

El Cura de Ars trataba de formar a los fieles en el deseo del arrepentimiento. Subrayaba la bondad del perdón de Dios. Toda su vida sacerdotal y sus fuerzas, ¿no estaban consagradas a la conversión de los pecadores? Ahora bien, es en el confesionario donde se manifiesta sobre todo la misericordia de Dios. Estaba totalmente disponible a los penitentes que venían de todas partes y a los que dedicaba a menudo diez horas al día, y a veces quince o más. Esta era sin duda para él la mayor de sus ascesis, un verdadero "martirio"; físicamente, por el calor, el frío o la atmósfera sofocante; también sufría moralmente por los pecados de que se acusaban y más aún por la falta de arrepentimiento: "Lloro por todo lo que vosotros no lloráis". Además de los indiferentes, a quienes acogía de la mejor manera posible tratando de despertarlos al amor de Dios, el Señor le concedía reconciliar a grandes pecadores arrepentidos, y también guiar hacia la perfección a las almas que lo deseaban. Era sobre todo en esto en lo que Dios le pedía su participación en la redención.

Nosotros en efecto, hemos descubierto, más que en el siglo pasado, el aspecto comunitario de la penitencia, de la preparación al perdón y de la acción de gracias después del perdón. Pero el perdón sacramental exigirá siempre un encuentro personal con Cristo crucificado por mediación de

su ministro (8). Frecuentemente, por desgracia, los penitentes no se presentan con fervor al confesionario como en los tiempos del Cura de Ars. Ahora bien, donde haya muchas personas que por diversas razones parecen abstenerse totalmente de la confesión, se hace urgente una pastoral del sacramento de la reconciliación, que ayude a los cristianos a redescubrir las exigencias de una verdadera relación con Dios, el sentido del pecado que nos cierra a Dios y a los hermanos. La necesidad de convertirse y de recibir, en la Iglesia, el perdón como un don gratuito del Señor, y también las condiciones que ayuden a celebrar mejor el sacramento, superando así los prejuicios, los falsos temores y la rutina (9). Una situación de este tipo requiere al mismo tiempo que estemos muy disponibles para este ministerio del perdón, dispuestos a dedicarle el tiempo y la atención necesarios, y, diría también, a darle la prioridad sobre otras actividades. De esta manera, los mismos fieles serán la recompensa al esfuerzo que, como el Cura de Ars, les dedicamos.

Ciertamente, como escribía en la Exhortación post-sinodal sobre la penitencia (10), el ministerio de la reconciliación es sin duda el más difícil y el más delicado, el más apertador y el más exigente, sobre todo cuando los sacerdotes son pocos. Supone también, en el confesor, grandes cualidades humanas, principalmente una vida espiritual intensa y sincera; es necesario que el mismo sacerdote se acerque también regularmente a este sacramento.

Estad siempre seguros, queridos hermanos sacerdotes, de que el ministerio de la misericordia es uno de los más hermosos y consoladores. Os permitirá iluminar las conciencias, perdonarlas y vivificarlas en nombre del Señor Jesús, siendo para ellas médico y consejero espiritual; es "la insustituible manifestación y verificación del sacerdocio ministerial" (11).

La Eucaristía: Ofrecimiento de la Misa, comunión y adoración

8. El sacramento de la reconciliación y el de la Eucaristía están estrechamente unidos. Sin una conversión constantemente renovada, junto con la acogida de la gracia sacramental del perdón, la participación en la Eucaristía no logrará su plena eficacia redentora (12). Al igual que Cristo, que comenzó su ministerio con la exhortación "arrepentíos y creed en el Evangelio" (13), el Cura de Ars comenzaba generalmente su actividad diaria con el sacramento del perdón. Mas, él gozaba

conduciendo a la *Eucaristía* a sus penitentes ya reconciliados.

La *Eucaristía* ocupaba ciertamente el centro de su vida espiritual y de su labor pastoral. Acostumbraba a decir: "Todas las buenas obras juntas no pueden compararse con el sacrificio de la Misa, pues son obras de hombres, mientras que la Santa Misa es obra de Dios" (14). En ella se hace presente el sacrificio del Calvario para la redención del mundo. Evidentemente, el sacerdote debe unir al ofrecimiento de la Misa la donación cotidiana de sí mismo. "Por tanto, es bueno que el sacerdote se ofrezca a Dios en sacrificio todas las mañanas" (15); "La comunión y el santo sacrificio de la Misa son los dos actos más eficaces para conseguir la transformación de los corazones" (16).

De este modo, la Misa era para Juan María Vianney la grande alegría y aliento en su vida de sacerdote. A pesar de la afluencia de penitentes, se preparaba con toda diligencia y en silencio durante más de un cuarto de hora. Celebraba con recogimiento, dejando entrever su actitud de adoración en los momentos de la consagración y de la comunión. Con gran realismo hacía notar: "La causa del relajamiento del sacerdote está en que no dedica suficiente atención a la Misa" (17).

El Cura de Ars se debía embargar particularmente ante la presencia real de Cristo en la *Eucaristía*. Ante el tabernáculo pasaba frecuentemente largas horas de adoración, antes de amanecer o durante la noche: durante sus homilias solía señalar al sagrario diciendo con emoción: "El está ahí". Por ello, él, que tan pobremente vivía en su casa rectoral, no dudaba en gastar cuanto fuera necesario para embellecer la iglesia. Pronto pudo verse el buen resultado: los feligreses tomaron por costumbre el venir a rezar ante el Santísimo Sacramento descubriendo, a través de la actitud de su párroco, el gran misterio de la fe.

Ante tal testimonio, viene a nuestra mente lo que el Concilio Vaticano II nos dice hoy acerca de los sacerdotes: "Su oficio sagrado lo ejercen, sobre todo, en el culto o asamblea eucarística" (18). Y, más recientemente, el Sínodo Extraordinario de los Obispos (diciembre de 1985) recordaba: "La liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida de reverencia y de glorificación de Dios... La *Eucaristía* es la fuente y el culmen de toda vida cristiana" (19).

Queridos hermanos sacerdotes, el ejemplo del Cura de Ars nos invita a un serio examen de conciencia. ¿Qué lugar ocupa la Santa Misa en

nuestra vida cotidiana? ¿Continúa siendo la Misa, como en el día de nuestra ordenación —fue nuestro primer acto como sacerdotes!— el principio de nuestra labor apostólica y de nuestra santificación personal? ¿Cómo la preparamos y la celebramos? ¿Cómo es nuestra oración ante el Santísimo Sacramento y cómo la inculcamos a los fieles? ¿Cuál es nuestro empeño en hacer de nuestras iglesias la casa de Dios para que la presencia divina atraiga a los hombres de hoy, que con tanta frecuencia sienten que el mundo está vacío de Dios?

Predicación y catequesis

9. El Cura de Ars ponía toda su atención en no descuidar nunca el ministerio de la Palabra, absolutamente necesario para acoger la fe y la conversión; y solía decir: "Nuestro Señor, que es la verdad misma, no da menos importancia a su Palabra que a su Cuerpo" (20). Es bien sabido cuánto tiempo consagraba él, sobre todo al principio, a elaborar cuidadosamente sus predicaciones del domingo. Más tarde, podía ya expresarse con mayor espontaneidad, con convicción viva y clara, y con comparaciones sacadas de la experiencia cotidiana, tan sugestivas para los fieles. El catecismo a los niños constituía igualmente una parte importante de su ministerio, y no era raro ver a adultos que con gusto se unían a los niños para aprovecharse también de aquel testimonio sin par, que brotaba del corazón.

Tenía la valentía de denunciar el mal bajo todas sus formas y sin condescendencias, pues estaba en juego la salvación eterna de sus fieles: "Si un Pastor permanece mudo viendo a Dios ultrajado y que las almas se descarran, ¡av de él! Si no quiere condenarse, ante cualquier clase de desorden en su parroquia, deberá pasar por encima del respeto humano y del temor a ser menospreciado u odiado". Esta responsabilidad constituía para él su angustia como párroco. Pero, generalmente, "él prefería presentar la cara atractiva de la virtud más que la fealdad del vicio", y si ponía ante los ojos —a veces incluso llorando— el pecado y sus peligros para la salvación, no dejaba de insistir en la ternura de Dios ofendido, y en la dicha de sentirse amado por Dios, unido a El y vivir en su presencia.

Queridos hermanos sacerdotes, vosotros estáis convencidos de la importancia del anuncio del Evangelio, que el Concilio Vaticano II ha puesto entre las funciones primordiales de los sacerdotes (21). Mediante la catequesis, la predicación y las diversas formas de expresión que abarcan

también los medios de comunicación social, tratáis de llegar al corazón de los hombres de hoy, con sus esperanzas e incertidumbres, para avivar y alimentar su fe. A ejemplo del Cura de Ars y siguiendo la exhortación del Concilio (22), poned todo vuestro empeño en enseñar la Palabra de Dios que llama a todos los hombres a la conversión y a la santidad.

La identidad del sacerdote

Ministerio específico del sacerdote

10. San Juan María Vianney viene a darnos una elocuente respuesta a algunos *interrogantes sobre la identidad del sacerdote*, que se han manifestado durante los últimos veinte años; si bien, a lo que parece, se está llegando a posiciones más equilibradas.

El sacerdote encuentra siempre, e invariablemente, la fuente de su propia identidad en Cristo Sacerdote. No es el mundo quien debe fijarle su estatuto o identidad según las necesidades o concepciones de las funciones sociales. El sacerdote está marcado con el sello del Sacerdocio de Cristo, para participar en su función de único Mediador y de Redentor.

Debido a esa vinculación fundamental, se abre ante el sacerdote el inmenso campo del servicio a las almas para llevarles la salvación en Cristo y en la Iglesia. Un servicio que debe inspirarse totalmente en el amor a las almas, a ejemplo del Señor que entrega su vida por ellas. Dios quiere que todos los hombres se salven y que ninguno de sus hijos se pierda (23). "El sacerdote debe estar siempre dispuesto a responder a las necesidades de las almas" (24), acostumbraba a decir el Cura de Ars. "El no es para sí mismo, sino para vosotros" (25).

El sacerdote es para los seglares. Los anima y sostiene en el ejercicio del sacerdocio común de los bautizados —puesto muy de relieve por el Concilio Vaticano II—, el cual consiste en hacer de su vida una ofrenda espiritual, dar testimonio del espíritu cristiano en el seno de la familia, tomar la responsabilidad en las cosas temporales y participar en la evangelización de sus hermanos. Mas, el ministerio del sacerdote es de un orden diverso. El ha sido ordenado para actuar en nom-

bre de Cristo-Cabeza, para ayudar a los hombres a entrar en la vida nueva abierta por Cristo, para dispensarles sus misterios —la Palabra, el perdón y el Pan de Vida—, para reunirles en su Cuerpo y ayudarles a formarse interiormente, para vivir y actuar según el designio salvífico de Dios. En una palabra, nuestra identidad de sacerdotes se manifiesta irradiando, en modo creativo, el amor a las almas que Cristo Jesús nos ha comunicado.

Los intentos de laicización del sacerdote son perjudiciales para la Iglesia. Esto, sin embargo, no quiere decir que el sacerdote pueda mantenerse alejado de las preocupaciones humanas de los seglares; por el contrario, ha de estar muy cerca de ellos, como Juan María Vianney, pero como sacerdote, mirando siempre a su salvación y al progreso del reino de Dios. Es testigo y dispensador de una vida distinta de la terrestre (26). Es algo esencial para la Iglesia que la identidad del sacerdote esté salvaguardada, con su dimensión vertical. La vida y la personalidad del Cura de Ars son, a este respecto, un ejemplo luminoso y atrayente.

Su configuración íntima con Cristo y su solidaridad con los pecadores

11. San Juan María Vianney no se contentó con el cumplimiento ritual de los actos propios de su ministerio. Trató de conformar su corazón y su vida al modelo de Cristo.

La *oración* fue el alma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; las más de las veces en su iglesia, al pie del tabernáculo. Por Cristo, su alma se abría a las tres Personas divinas, a las que en el testamento él entregaría "su pobre alma". "El conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada". Y nunca descuidó ni el Oficio Divino ni el Rosario. De modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen.

Su *pobreza* era extraordinaria. Se despojó literalmente en favor de los pobres. Rehúya los honores. La *castidad* brillaba en su rostro. Sabía lo que costaba la pureza para "encontrar la fuente del amor que está en Dios". La *obediencia* a Cristo se traducía, para Juan María Vianney, en obediencia a la Iglesia y especialmente a su obispo. La encarnaba en la aceptación de la pesada carga de párroco, que con frecuencia le sobrecogía.

Pero el Evangelio insiste especialmente en la *renuncia a sí mismo*, en la aceptación de la cruz... ¡Cuántas cruces se le presentaron al Cura de Ars en su ministerio!: calumnias de la gente, incomprendiones de un vicario coadjutor o de otros sacerdotes, contradicciones, una lucha misteriosa contra los poderes del infierno y, a veces, incluso la tentación de la desesperanza en la noche espiritual del alma.

No obstante, no se contentó con aceptar estas pruebas sin quejarse; salía al encuentro de la *mortificación* imponiéndose ayunos continuos, así como otras rigurosas maneras de “reducir su cuerpo a servidumbre”, como dice San Pablo. Mas, lo

que hay que ver en estas formas de penitencia —a las que, por desgracia, nuestro tiempo no está acostumbrado— son sus motivaciones: el amor a Dios y la conversión de los pecadores. Así interpela a un hermano sacerdote desanimado: “Ha rezado..., ha gemido..., pero, ¿ha ayunado, ha pasado noches en vela...?” (27). Es la evocación de aquella admonición de Jesús a los Apóstoles: “Esta raza no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno” (28).

En definitiva, Juan María Vianney se santificaba para ser más apto para santificar a los demás. Ciertamente, la conversión sigue siendo el secreto de los corazones —libres en sus decisiones— y el secreto de la gracia de Dios. Mediante su ministerio el sacerdote ilumina a las personas, guiándolas en sus conciencias y dándoles los sacramentos. Estos sacramentos son, en efecto, actos del mismo Cristo, cuya eficacia no disminuye por las imperfecciones o por la indignidad del ministro. Pero el resultado depende también de las disposiciones personales de quien los recibe, y éstas son favorecidas en gran manera por la santidad personal del sacerdote, por su visible testimonio, así como por el misterioso intercambio de méritos en la Comunión de los Santos. San Pablo decía: “Suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia” (29). Podría decirse que Juan María Vianney quería, en cierto modo, arrancar a Dios las gracias de la conversión no solamente con sus oraciones, sino también con el sacrificio de toda su vida. Quería amar a Dios por todos aquellos que no le amaban y, a la vez, suplir en buena parte las penitencias que ellos no hacían. Era realmente el Pastor siempre solidario con su pueblo pecador.

Amados hermanos sacerdotes, no tengamos miedo a este compromiso personal —marcado por

la ascesis e inspirado por el amor— que Dios nos pide para ejercer dignamente nuestro sacerdocio. Recordemos la reciente reflexión de los padres sinodales: “Nos parece que en las dificultades actuales Dios quiere enseñarnos, de manera más profunda, el valor, la importancia y la centralidad de la cruz de Jesucristo” (30). En el sacerdote, Cristo vuelve a vivir su pasión por las almas. Demos gracias a Dios que de este modo nos permite participar en la redención con nuestro corazón y con nuestra propia carne.

Por todas estas razones, San Juan María Vianney no cesa de ser un testimonio vivo y actual de la verdad sobre la vocación y sobre el servicio sacerdotal. Conviene recordar la convicción con la que solía hablar de la grandeza del sacerdocio y de su absoluta necesidad. Los sacerdotes, al igual que quienes se preparan al sacerdocio y aquellos que recibirán la llamada, necesitan fijar la mirada en su ejemplo para seguirlo. También los fieles, gracias a él, comprenderán mejor el misterio del sacerdocio de sus sacerdotes. *La figura del Cura de Ars sigue siendo actual.*

Conclusión para el Jueves Santo

12. Queridos hermanos, que estas reflexiones reaviven vuestro gozo de ser sacerdotes, vuestro deseo de serlo todavía más profundamente. El testimonio del Cura de Ars contiene aún muchas otras riquezas por profundizar. Volvemos nuevamente, y con mayor amplitud, sobre estos temas con ocasión de la peregrinación que, Dios mediante, tendré la dicha de llevar a cabo en octubre próximo, acogiendo la invitación que los obispos franceses me han hecho para celebrar en Ars el segundo centenario del nacimiento de Juan María Vianney.

Os dirijo esta primera meditación, amados hermanos, en la solemnidad del Jueves Santo. En este día del nacimiento de nuestro sacerdocio nos reuniremos en nuestras comunidades diocesanas para renovar la gracia del sacramento del orden y para reavivar el amor que caracteriza nuestra vocación.

Oiremos a Cristo que, como a los Apóstoles, nos dice: “Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos... Ya no os llamo siervos..., os llamo amigos” (31).

Ante El, que manifiesta el Amor en toda su plenitud, sacerdotes y obispos, renovaremos nuestras promesas sacerdotales.

Oremos los unos por los otros, cada cual por su hermano, y todos por todos.

Rogemos al Sacerdote Eterno que el recuerdo del Cura de Ars nos ayude a reavivar nuestro celo en su servicio.

Supliquemos al Espíritu Santo que llame a su Iglesia a muchos sacerdotes del temple y santidad del Cura de Ars; nuestra época tiene gran necesidad de ellos y ha de ser capaz de hacer germinar estas vocaciones.

Confiemos nuestro sacerdocio a la Virgen María, Madre de los sacerdotes, a quien Juan María Vianney recurría sin cesar con tierno afecto y total confianza. Para él esto era un ulterior moti-

vo de acción de gracias: "Jesucristo —decía—, tras habernos dado cuanto nos podía dar, quiere aún dejarnos en herencia lo más precioso que Él tenía: su Santa Madre" (32).

Con todo mi afecto, y junto con vuestro obispo, os imparto de corazón mi bendición apostólica.

Vaticano, 16 de marzo, V domingo de Cuaresma de 1986, VIII año de mi pontificado.

Joannes Paulus p. II

NOTAS

- 1) *Jn* 13, 1.
- 2) Cf. *Jn* 10, 11.
- 3) Cf. 2 *Tim* 1, 6.
- 4) Cf. Jean-Marie Vianney, *curé d'Ars, sa pensée, son cœur*, presentado por Bernard Nodet, ed. Xavier Mappus, Le Puy, 1985, pág. 100; de ahora en adelante citamos: Nodet.
- 5) Nodet, pág. 44.
- 6) Cf. 1 *Cor* 1, 27-29.
- 7) Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica post-sinodal, *Reconciliatio et paenitentia*, 2 de diciembre de 1984: AAS 77, 1985, págs. 185-275.
- 8) Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 20: AAS 71, 1979, págs. 315-316.
- 9) Cf. Juan Pablo II, Exhortación Apostólica post-sinodal *Reconciliatio et paenitentia*, 2 de diciembre de 1984, n. 28: AAS 77, 1985, págs. 250-252.
- 10) Cf. *ib.*, n. 29: AAS 77, 1985, págs. 252-256.
- 11) Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes para el Jueves Santo 1983, n. 3: AAS 75, 1983, parte I, pág. 419.
- 12) Cf. Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor hominis*, 4 de marzo de 1979, n. 20: AAS 71, 1979, págs. 309-313.
- 13) *Mc* 1, 15.
- 14) Nodet, pág. 108.
- 15) *ib.*, pág. 107.
- 16) *ib.*, pág. 110.
- 17) *ib.*, pág. 108.
- 18) Conc. Ecum. Vat. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, n. 28.
- 19) Documento final, II, B, b/1 y C/1; cf. Conc. Ecum. Vati. II, Constitución dogmática *Lumen gentium*, sobre la Iglesia, n. 11.
- 20) Nodet, pág. 126.
- 21) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, n. 4.
- 22) Cf. *ib.*
- 23) Cf. *Mt* 18, 14.
- 24) Nodet, pág. 101.
- 25) *ib.*, pág. 102.
- 26) Cf. Conc. Ecum. Vat. II, Decreto *Presbyterorum ordinis*, sobre el ministerio y la vida de los presbíteros, n. 3.
- 27) Nodet, pág. 193.
- 28) *Mt* 17, 21.
- 29) *Col* 1, 24.
- 30) Documento final, D/2.
- 31) *Jn* 15, 13, 15.
- 32) Nodet, pág. 252.

RESUMEN DEL CURSO DIRIGIDO A CATEQUISTAS DE LA COMUNIDAD CRISTIANA - 1986

Programa E12:

Cómo organizar una catequesis parroquial

— Organiza: Departamento de Pastoral y Catequesis de la Facultad de Teología. Universidad de Navarra. Pamplona.

— Título general del Curso: Programa E12. Cómo organizar una catequesis parroquial.

— Temario:

- Naturaleza y fines de la catequesis parroquial. Importancia de la catequesis hoy día.

- Objetivos de la catequesis parroquial: objetivos tendencia y objetivos concretos. Objetivos específicos por edades.

- Aspectos organizativos de una catequesis: dirección, recursos humanos y materiales.

- Didáctica de la catequesis: programación preparación de una sesión de catequesis, materiales, técnicas y procedimientos, medios audiovisuales, evaluación.

- Programación de actividades complementarias.

- Modos de organizar y programar cursos de formación y perfeccionamiento de catequistas.

- Elaboración de un proyecto de catequesis.

— Profesores: Equipo de profesores del Departamento de Pastoral y Catequesis de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra; profesores invitados.

— Objetivos:

1. Analizar la naturaleza de la catequesis parroquial.

2. Ayudar a concretar los objetivos, y las técnicas necesarias para llevar a cabo a catequesis parroquial.

3. Analizar los principales elementos —mensaje, técnicas, materiales, catequistas, catequizandos, etc.— que intervienen en la catequesis parroquial.

4. Intercambiar experiencias y programar una catequesis parroquial para distintas personas y niveles.

— Destinatarios: Responsables de la catequesis parroquial o personas interesadas en el tema.

— Lugar: Pamplona. Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Campus Universitario.

— Fechas: 25 al 29 de agosto de 1986. Terminará el viernes 29 de agosto, a las 13,30 horas.

— Matrícula: 5.000 ptas.

— Pensión: Se facilitará información de los diversos tipos de alojamiento. Precios muy variados.

— Dirección para la inscripción: Departamento de Pastoral y Catequesis - Facultad de Teología - Universidad de Navarra - Apartado 170 - 31080 Pamplona - Tel. (948) 25 27 00 - 26 78 12, ext. 611.

— Fecha tope de inscripción: Una semana antes del comienzo del Curso.

Pamplona, marzo de 1986

RESUMEN DEL FOLLETO DE LOS CURSOS DE VERANO DEL DEPARTAMENTO DE PASTORAL Y CATEQUESIS - 1986 -

Cursos para la titulación de Profesores de Religión de EGB, BUP y FP

(Obtención de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad)

— Organiza: Departamento de Pastoral y Catequesis de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Pamplona.

- Todos los Cursos están aprobados por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis en cuanto a su validez para la preparación de Profesores de Religión y la correspondiente expedición de la Declaración Eclesiástica de Idoneidad.

a) Para EGB y FP primer grado

- Programa D7. «Curso de Pedagogía Religiosa», del 19 al 29 de agosto.

- Programa E6.1. «Primera parte del Curso de Doctrina y Moral Católica y Pedagogía Religiosa», del 18 al 29 de agosto.

- Programa E7. «Curso de Doctrina y Moral Católica y Pedagogía Religiosa», del 18 al 29 de agosto.

- Programa E6.3. «Tercera parte del Curso de Doctrina y Moral Católica y Pedagogía Religiosa», del 30 de julio al 8 de agosto.

b) Para profesores adjuntos en BUP y FP segundo grado

- Programa D9. «Curso de Pedagogía Religiosa», del 19 al 29 de agosto.

- Programa E8.1. «Primera parte del Curso de Teología y Pedagogía Religiosa», del 18 al 29 de agosto.

- Programa E8.3. «Tercera parte del Curso de Teología y Pedagogía Religiosa», del 30 de julio al 8 de agosto.

- Programa E9.1. «Primera parte del Curso de Teología y Pedagogía Religiosa», del 18 al 29 de agosto.

- Programa E9.3. «Tercera parte del Curso de Teología y Pedagogía Religiosa», del 30 de julio al 8 de agosto.

c) Para profesores numerarios en BUP y FP segundo grado

- Programa D8.1. «Primera parte del Curso de Pedagogía Religiosa», del 19 al 29 de agosto.

- Programa D8.3. «Tercera parte del Curso de Pedagogía Religiosa», del 4 al 12 de agosto.

— Temario: El aprobado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis para este tipo de Cursos.

— Profesorado: Equipo de profesores del Departamento de Pastoral y Catequesis de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, otros profesores de la Facultad y de la Universidad; profesores invitados.

— Método de trabajo: Exposiciones de los temas, trabajos en pequeños grupos, trabajo individual, programación de actividades, etc.

— Destinatarios: Sacerdotes, Religiosos y Religiosas, Profesores de Religión en EGB, BUP y FP, Profesores de EGB, Licenciados civiles.

— Lugar: Pamplona. Facultad de Teología. Universidad de Navarra. Campus Universitario.

— Derechos de inscripción: 10.000 ptas. cada curso.

— Pensión: La Secretaría de los Cursos se encargará de facilitar información oportuna sobre el alojamiento a quienes lo soliciten. Los precios son muy variados.

— Dirección para la inscripción: Departamento de Pastoral y Catequesis - Facultad de Teología - Universidad de Navarra - Apartado 170 - 31080 Pamplona - Tel. (948) 25 27 00 - 26 78 12, ext. 611.

— Fecha tope de inscripción: 7 días antes de iniciarse el Curso.

Pamplona, marzo de 1986

RESUMEN DEL XV CURSO DE ACTUALIZACIÓN TEOLÓGICA - 1986

La Confirmación: profundización teológica y pastoral

— Organiza: Facultad de Teología. Universidad de Navarra. Pamplona.

- Aprobado por la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis como Curso Monográfico de actualización y formación permanente de los profesores de Religión y Moral Católica en EGB, BUP y FP.

— Título general del Curso: XV Curso de Actualización Teológica. «La Confirmación: profundización teológica y pastoral».

— Temario:

- La confirmación en la vida de la Iglesia.
- Momento actual de la catequesis de la confirmación.
- La confirmación en la Sagrada Escritura.
- Fundamentación teológica del sacramento de la confirmación.
- Los jóvenes y la Iglesia. Iniciativas parroquiales.
- El confirmando.
- La liturgia de la confirmación.
- Familia, jóvenes y educación de la fe.
- Materiales para la catequesis de la confirmación.
- Conferencia de Clausura: El confirmado en la vida de la Iglesia.

— Profesores: Los de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y otros profesores invitados.

— Objetivos:

1. Profundizar en los aspectos teológicos, litúrgicos y pastorales más importantes en torno al sacramento de la confirmación.

2. Analizar la normativa eclesial y diversas experiencias sobre la catequesis de la confirmación.

3. Estudiar los distintos elementos —mensaje, catequistas, metodología, materiales, etc.— que intervienen en la preparación catequética de los confirmados.

4. Elaborar un proyecto básico para la catequesis de la confirmación.

— Destinatarios: Sacerdotes, Profesores de Religión de EGB, BUP y FP, otras personas interesadas en el tema.

— Lugar: Pamplona. Facultad de Teología de la Universidad de Navarra. Campus Universitario.

— Fechas: 4 al 8 de agosto de 1986. Terminará el viernes 8 de agosto, a las 13,30 horas.

- Matrícula: 5.000 ptas.
- Pensión: Se facilitará información de los diversos tipos de alojamiento. Precios muy variados.
- Dirección para la inscripción: Secretaría de la Facultad de Teología - Universidad de Navarra - Apartado 170 - 31080 Pamplona - Teléfono (948) 25 27 00 - 26 78 12, ext. 611.
- Fecha tope de inscripción: Una semana antes del comienzo del Curso.

Pamplona, marzo de 1986

XI PREMIO PERIODISTICO "RAMON CUNILL"

1. La Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social convoca el undécimo Concurso Nacional de Prensa, con motivo de la XX Jornada Mundial de Medios de Comunicación Social (11 de Mayo - 1986) y como homenaje al que fuera durante mucho tiempo su Delegado Episcopal de MCS y Director de la Oficina de Información del Episcopado, D. Ramón Cunill.

2. El premio «Ramón Cunill», se otorga al artículo o serie de artículos cuya temática desarrolle, total o parcialmente, el lema de la XX Jornada Mundial: «Comunicaciones sociales y formación cristiana de la opinión pública».

3. Estos artículos deben haber sido publicados en algunos de los diarios o revistas españoles entre el día de esta convocatoria y el 11 de mayo de 1986.

4. Para optar al premio, habrá que remitir dichos artículos aparecidos en las publicaciones correspondientes (o fotocopias de los mismos) por quintuplicado, al Secretariado Nacional de Medios de Comunicación Social (calle Añastro, 1 - 28033 Madrid). Tel. 766 55 00, ext. 264 y 265, hasta el 31 de mayo de 1986.

5. Este Secretariado Nacional de MCS se reserva el derecho de presentar al Premio Ramón Cunill otros artículos que, reuniendo las condiciones arriba indicadas, no hayan sido presentados al Premio.

6. El Jurado estará constituido por relevantes figuras del periodismo español y profesores de ciencias de la información. Su fallo se dará a conocer poco después del término de la convocatoria.

7. La cuantía del Premio es de 150.000 pesetas, que son otorgadas por la Fundación «Ramón Cunill».

Madrid, 1 de abril de 1986.

colaboración

LOS OBISPOS Y LA CONFERENCIA EPISCOPAL

José Delicado Baeza,

Arzobispo de Valladolid

Lo que sucede a la Conferencia Episcopal es lo que ocurre a los obispos, pero multiplicado por setenta, que son los miembros de esta corporación. Verán. Yo había escrito por aquellos tiempos en que Juan XXIII publicó su encíclica «Mater et magistra», y precisamente en un contexto en que toda la intención, sin ambages, era recomendar la enseñanza social de la Iglesia, que los cristianos debemos practicarla porque si no daríamos por buena la opinión de «Che» Guevara, que llegó a afirmar que le gustaría el Evangelio si se practicase. En aquellos tiempos esta comparación, un tanto desarrollada, armó una polvareda, de la que tuve que sufrir unas consecuencias que no son del caso referir. Pero he aquí que también sentí mal recientemente que hubiera escrito esto otro: «Ha llegado el tiempo en que es imprescindible el testimonio personal acompañado, cuando sea preciso, de manifestaciones públicas, hechas con toda naturalidad y hasta lúcidamente organizadas... También cuando se trata de defender a los débiles, en ámbitos laborales o de vecindad, la familia y la vida humana, los valores de la paz y de la convivencia ciudadanas». He transcrito estos dos párrafos porque eran los que habían subrayado los «censores» como real o potencialmente peligrosos. Son dos botones de muestra en dos momentos de signo político tan distinto. Sucede casi siempre que se recomienda lo contrario de aquello que suele definir a los distintos grupos influyentes, sea porque se acentúan los valores sociales del hombre, o los personales y familiares, da igual, aunque se defiendan como derechos humanos desde la perspectiva ética y cristiana. Las reacciones son bien conocidas, sobre todo cuando los obispos actúan colectivamente. Antes y ahora. Muy recientemente, con el tema de la paz: Mejor es que los obispos nos ocupemos de lo nuestro (!). Ya se sabe: nunca llueve a gusto de todos. Jesús dejó dicho en el Evangelio que los niños en la plaza lloran o bailan a destiempo.

— *Como un colectivo*

A veces, independientemente de las razones que hayan motivado estas intervenciones, es el hecho mismo de funcionar como un «colectivo»

lo que molesta a algunos. Hace unos meses recibí una carta de un señor cuya profesión es la de «asesor de organización». Entre otras cosas, decía: «He leído y resumido el libro del cardenal Ratzinger, y antes de leerlo ya me sentía crispado cada vez que les veía reunidos en la Casa de la Iglesia en sesiones de la Conferencia Episcopal, porque quiero verles permanentemente en sus diócesis, que es donde sus ovejas les necesitan... Aquí de lo que se trata es que el obispo permanezca en guardia permanente en su diócesis y no tener más objetivo que velar por su grey. Si los obispos se circunscribieran a lo que ellos saben perfecta-mente no es ni político, ni económico, ni social, sino religioso».

Le respondí diciendo que el ser obispo para el pueblo, a semejanza del Buen Pastor, es nuestro objeto permanente de meditación y revisión de su deber, las cosas cambiarían en España, porque nuestro problema también motivo de humildad y obligada confianza en la misericordia del Señor, porque nunca se llega a niveles satisfactorios en esta necesidad de entrega. Sin embargo, el tener la solicitud por las demás Iglesias, proveniente de la colegialidad episcopal, no es un deber menor. Esta perspectiva «católica» de nuestra misión episcopal ha sido iluminada mejor por el Vaticano II y nos la exige más fuertemente nuestro tiempo. Lograr el equilibrio es lo difícil. Por eso los cristianos hacen bien en recordarnos, unos, una cosa; otros, otra; con tal que lo hagan con indulgencia y comprensión y, sobre todo, orando por los «pobres» obispos, urgidos por tantas necesidades y limitados inevitablemente por la condición humana.

— *Utilidad y necesidad*

El Sínodo extraordinario que convocó Juan Pablo II y se celebró en noviembre pasado, purificando la atmósfera de recelo que habían creado ciertos medios de comunicación, ha dejado las cosas en su punto, según la doctrina del Vaticano II: «La eclesiología de comunión ofrece el fundamento sacramental de la colegialidad». Hay una acción colegial en sentido estricto, como es un concilio ecuménico, y otras formas que son más bien realizaciones parciales no estrictas, pero que llegan a ser signos e instrumentos de afecto colegial, como el Sínodo de los Obispos, las conferencias episcopales, la curia romana, etc.; realizaciones que no se deducen directamente del principio teológico de la colegialidad, sino que se rigen por el derecho eclesiástico. «Por las conferencias episcopales el afecto colegial es llevado a la aplicación concreta (LG, 23). Nadie duda de su utilidad pastoral, más aún, de su necesidad en las circunstancias actuales. En las conferencias episcopales los obispos de la misma nación o territorio ejercen unidos su oficio pastoral», dice la relación final del Sínodo.

Las conferencias episcopales nacen del Vaticano II; sus progenitores, sin embargo, son más remotos: la colegialidad episcopal y el espíritu sinodal. El decreto «Christus dominus» habla de los sínodos y concilios provinciales como preparación de las conferencias episcopales, fruto y expresión en cierto sentido de la colegialidad que enseña la «Lumen gentium». Por eso empezaron ya a brotar en los primeros siglos las reuniones de los obispos, en comunión de fe y caridad, movidos por una solicitud y atención comunes al bien del conjunto de las Iglesias y de cada una de ellas.

Entre nosotros habría que recordar, por ejemplo, los concilios de Toledo. En 1923 se crea la Junta de Metropolitanos, en la que de algún modo están implicados todos los obispos de las respectivas provincias eclesiásticas, si bien el Código de Derecho Canónico sólo prescribía encuentros quinquenales. En febrero de 1961 escribían los Metropolitanos a los fieles una declaración colectiva «Sobre el próximo Concilio Vaticano II». En 1965, al fina ldel Concilio, ya no son los Metropolitanos, sino todo el Episcopado español el que escribe un documento, «Sobre la acción en la etapa posconciliar», que decía, entre otras cosas: «Por nuestra parte, y en orden a impulsar el dinamismo de nuestra fe en el plano nacional, podemos ofrecer ya, como primer fruto del Concilio, una reforma estructural: la Conferencia del Episcopado español, que pronto quedará constituida. Su importancia para el futuro de nuestro catolicismo es muy grande, porque el Concilio ha encomendado a las conferencias episcopales la aplicación de muchas de sus determinaciones». En efecto, la Conferencia queda constituida en la sesión plenaria del Episcopado español en el primer trimestre de 1966.

— Estructura tripartita

El decreto sobre el oficio pastoral de los obispos del Vaticano II, «Christus dominus», tiene una estructura tripartita: el obispo, miembro del colegio episcopal, copartícipe de la solicitud por la Iglesia universal (1.^a); es pastor propio en su Iglesia particular (2.^a); colabora con otros obispos en el bien común de varias Iglesias, principalmente mediante las conferencias episcopales (3.^a). La base de todo el tratado sobre el Episcopado está en el colegio inicial de los apóstoles. En esta tierra de la colegialidad brotan todas las formas de colaboración apostólica, porque en ella echa las raíces la misma consagración episcopal: «Uno es constituido miembro del cuerpo episcopal en virtud de la consagración sacramental y por la comunión jerárquica con la cabeza y con los miembros del colegio», recuerda la «Lumen gentium» (LG, 22). «La unión colegial se manifiesta también en las mutuas relaciones de cada obispo con las Iglesias particulares y con la Iglesia universal» (LG, 23). ¿Qué es lo primero, el plano amplio de la universalidad o el secto-

rial de la concreción al frente de la Iglesia particular? Quizá el planteamiento deja de ser correcto cuando el Concilio nos dice que la Iglesia universal acontece en la diócesis (ChD, 11); no se trata de partes que se puedan aislar. Por eso no se puede disociar la colegialidad de los obispos de la comunión de las Iglesias particulares con la Iglesia universal. Lo cierto es que el Vaticano II nos ofrece una teología orgánica del Episcopado, rechazando una visión aislada del obispo.

que llevo como subtítulo
"Síntesis de la Fe Católica para adultos" (De «YA»)

Ediciones «Océano» dentro el grupo de obras de todos los obispos
sacerdotes y seglares de España y de todos los países de habla hispana
esta obra que ha sido traducida del inglés por el Dr. Fernando Medda
de Ruiz, Pontificio de Valencia.

Hemos creído que sería conveniente que todos los Delegados Dio-
césanos de los Medios de Comunicación Social se ocuparan después de
los señores obispos por tratar de una «teología, doctrina y acción»
documental católica de la Fe de la Iglesia — sus palabras del cardenal
Winn, hace poco tiempo fallecido — que presenten un buen servicio a
sacerdotes, maestros, padres y a quienes tienen la gran responsabi-
lidad de comunicar y transmitir su fe a otros.

— Ediciones y Hoja Parroquial, Juan Martín, S. L. Tel. (853) 7851 57.
Léden (Alem).

— AVISO A LOS SUSCRIPTORES DEL BOLETÍN —

Tomamos puestas al cobro los recibos correspondientes a
la suscripción del año 1986. Pueden hacer efectivo dicho sus-
cripción en la Secretaría General del Obispado de Salamanca,
directamente los días laborales en las horas de oficina (de
10,30 a 13,00 de la mañana). A los sacerdotes diócesanos co-
mo otros años, se les descuenta en la Administración del
Obispado.

El Director

bibliografía

“LA DOCTRINA DE JESUCRISTO”,

que lleva como subtítulo

“Síntesis de la Fe Católica para adultos”

Ediciones «Galduria» siente el gozo de ofrecer a todos los obispos, sacerdotes y seglares de España y de todos los países de habla hispana esta obra, que ha sido traducida del inglés por el Dr. Fernando Mendoza Ruiz, Penitenciario de Zaragoza.

Hemos creído que sería conveniente que todos los Delegados Diocesanos de los Medios de Comunicación Social la conociérais después de los señores obispos por tratarse de «una exposición, bellísima y auténticamente católica, de la Fe de la Iglesia —son palabras del cardenal Wrint, hace poco tiempo fallecido—, que prestará un buen servicio a sacerdotes, maestros, padres y a cuantos tienen la gozosa responsabilidad de comunicar y transmitir su fe a otros».

— Ediciones y Hoja Parroquial. Juan Martín, 1 - Tel. (953) 78 51 57 - Jodar (Jaén).

— AVISO A LOS SUSCRIPTORES DEL BOLETIN —

Tenemos puestos al cobro los recibos correspondientes a la suscripción del año 1986. Pueden hacer efectiva dicha suscripción en la Secretaría General del Obispado de Salamanca, directamente, los días laborables, en las horas de oficina (de 10,30 a 1,30 de la mañana). A los sacerdotes diocesanos, como otros años, se les descontará en la Administración del Obispado.

El Director